

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MALAGA

SECCION OFICIAL

DOCUMENTOS EPISCOPALES

CARTA PASTORAL

SOBRE LA SANTIDAD

DEL MATRIMONIO

Nos el Dr. Don Balbino Santos y Olivera

POR LA GRACIA DE DIOS

Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA

OBISPO DE MALAGA

Al Excmo. Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, al Venerable Clero Diocesano y Comunidades Religiosas de ambos sexos, a Nuestro Seminario Conciliar, y a los fieles todos de Nuestra amada Diócesis.

Salud, paz y gracia en Jesucristo Señor Nuestro.

*Sacramentum hoc magnum est; ego
autem dico in Christo et in Ecclesia.*

Grande es este Sacramento; pero yo
lo digo en orden a Cristo y a la Iglesia.

(Ephes. 5, 32).

VENERABLES HERMANOS Y MUY AMADOS HIJOS:

Conjura general contra el matrimonio

No hay en la tierra institución natural más firme ni más vigorosa contra toda degeneración que la familia. Aun naturalmente, el Señor revistió a la familia de cierta aureola de inviolabilidad y respetabilidad sagrada, y quiso que fuese una especie de santuario natural de buenas costumbres, perfumado con el incienso de un amor inviolable; pero mucho más en el Cristianismo, donde la familia es una unión santa y santificadora, cuya puerta es nada menos que uno de los siete Sacramentos que Jesucristo instituyó y legó a su Iglesia. Y es que se trataba y se trata del principio y fundamento del orden social, del más firme asiento de la salud y del bien de los pueblos, cual es la sociedad doméstica.

Por eso mismo el mal procura introducirse cuanto puede en la familia, y envenenar los mismos gérmenes y manantiales del linaje humano; y donde antes brotaba cristalino el río de la humanidad, hoy

se amontona envenenada y corrompida el agua de la prevaricación. Una especie de conjura general parece haberse desencadenado contra la santidad e inviolabilidad del matrimonio, base y fuente de la familia. Los principios revolucionarios—naturalistas y materialistas—que engendraron luego al Comunismo ateo, fueron poco a poco socavando los cimientos seculares del matrimonio cristiano, sembrando ideas disolventes y doctrinas demoledoras; promulgando leyes que sancionan las violaciones y disolución del matrimonio; estableciendo programas que totalmente lo profanan y aun lo proscriben; pregonando, en nombre de la ciencia y de la higiene, procedimientos enteramente antimatrimoniales.

Y aunque no todos los partidarios de tan funestas doctrinas llegan hasta las últimas consecuencias, ni se declaran enemigos descarados de esta institución santa y veneranda, hay muchos—no sabemos si más solapados o más inconscientes—empeñados en sostener la opinión de que, al menos en algunos preceptos de la ley natural y divina, se ha de ceder algo en nuestros días; y esos también se han de considerar, en frase del Papa Pío XI, como «emisarios más o menos conscientes de aquel enemigo que trata siempre de sembrar en medio del trigo la cizaña».

Su defensa por el Estado y la Iglesia

Afortunadamente, una de las orientaciones del nuevo Estado Español que más afianza nuestra esperanza en el pronto resurgir de la patria, es la de poner por base de su reconstrucción a la familia, en contraposición a las orientaciones del pasado liberalismo individualista y a las demoledoras prácticas del socialismo comunista. Y a esa consigna obe-

dece la sabia y cristiana legislación con que, derogando impías y nefandas disposiciones oficiales, se ha apresurado nuestro Gobierno a reconocer y devolver al matrimonio su carácter genuinamente cristiano y español. Dicho sea en honor de la verdad, y en loor de los poderes públicos que rigen los destinos de la nación.

La Iglesia Católica, por su parte, incommovible en sí e incommovible en todo cuanto en ella se cimenta, frente a todas las prevaricaciones y torpezas de las desenfrenadas concupiscencias, mantiene y mantendrá siempre la santa moral del matrimonio, como base y sostén indispensable de la familia honesta, de la sociedad humana.

Sus doctrinas y enseñanzas en esta materia han sido recogidas en sus puntos esenciales por los dos grandes Pontífices de nuestro tiempo, León XIII y Pío XI, que se creyeron obligados a levantar su voz augusta contra todo linaje de errores y prevaricaciones, en luminosas cartas Encíclicas dirigidas a todo el orbe cristiano, las cuales constituyen sendos monumentos imperecederos de sabiduría y de orientación moral y social (1).

Nós también, al igual que el propio Pontífice Pío XI, juzgamos como a Nós dirigidas aquellas palabras gravísimas, con las cuales el Apóstol San Pablo exhortaba a su discípulo Timoteo: «Tú, en cambio, vigila, cumple tu ministerio, predica, insta

(1) León XIII, Encíclica *Arcanum Divinae Sapientiae*, sobre el Matrimonio cristiano (1880), y Carta acerca del matrimonio civil (1893).

Pío XI, Encíclica *Casti Connubii*, sobre el Matrimonio cristiano (1930), y Encíclica *Divini illius Magistri*, sobre la educación cristiana de la juventud (1929). (Colección de Encíclicas.—Junta Central de A. C., Madrid, 1935).

oportuna e importunamente, arguye, suplica, increpa en toda paciencia y doctrina» (1).

En cumplimiento, pues, de Nuestro sagrado ministerio, y secundando los deseos y mandatos pontificios expresados en las mencionadas Encíclicas, hemos juzgado oportuno dedicar este año Nuestra Carta pastoral de Cuaresma a tan delicado y trascendental asunto; pero no empeñándonos en una disquisición filosófica o apologética sobre la sociedad conyugal o sobre las doctrinas inventadas por el espíritu anticristiano para combatirla, sino dando a Nuestro trabajo un carácter principalmente práctico, en consonancia con el fin e índole de esta clase de documentos; y ciñéndonos únicamente a glosar, divulgar y aplicar las supremas y sapientísimas enseñanzas emanadas de la Cátedra infalible de la Verdad.

(1) 2 Tim. 4, 2-5.

EL MATRIMONIO EN GENERAL

Naturaleza del matrimonio

El matrimonio, considerado como una sociedad natural, es «la unión marital del hombre y la mujer entre personas hábiles o legítimas, que mutuamente se obligan a vivir en sociedad indisoluble».

Al decir «unión marital», se indica la esencia misma del matrimonio y su fin primordial, que es la procreación del linaje humano. Se añade: «entre personas hábiles o legítimas», porque no cualquier unión entre hombre y mujer es matrimonio, sino sólo aquella que sea conforme a la ley de Dios, impresa desde el principio en el corazón del hombre, y explicada, ampliada y perfeccionada por nuestro Señor Jesucristo, Legislador del Nuevo Testamento. El último inciso expresa una de las propiedades naturalmente inherentes al matrimonio: la indisolubilidad del lazo con que marido y mujer quedan atados entre sí.

Llábase matrimonio — *matris munus*, cargo, oficio de madre—porque a la madre, dice Santo Tomás, corresponde la parte principal en el hecho de la procreación de una nueva vida humana, fin primario del matrimonio.

Dícese también *sociedad conyugal*, porque marido y mujer se sujetan al yugo de los mismos deberes fundamentales.

La naturaleza y esencia del matrimonio no consiste precisamente en el uso del mismo en orden a la procreación, que es su fin y consecuencia; ni en el mutuo consentimiento de los cónyuges, que es elemento indispensable y esencial; sino en el lazo o vínculo permanente que de ahí nace y con que estrechamente se unen.

Interviene, sí, la voluntad humana en cuanto a entregar y aceptar o no el derecho propio del matrimonio y en cuanto a la elección de la persona consorte, y esto en tal manera que «ninguna potestad humana lo puede suplir» (1); pero la naturaleza, leyes y propiedades esenciales del matrimonio están totalmente fuera de los límites de la libertad del hombre, y nacen del mismo pacto conyugal; de suerte que si llegase a expresarse por los contrayentes algo que les fuera contrario, no habría verdadero matrimonio (2).

Como tampoco pueden dichas leyes y propiedades del contrato matrimonial estar sujetas al arbitrio de ningún hombre ni de poder alguno de la tierra, por alto y encumbrado que sea; ya que el matrimonio no es invención humana ni de leyes civiles, sino creación de Dios, instituido en virtud de la misma ley natural, y positivamente establecido por ordenación divina en el paraíso terrenal.

Su origen

El primer matrimonio lo hizo y bendijo Dios mismo, directa y personalmente, al crear a nuestros primeros padres. «No es bueno—dijo—que el hombre esté solo: hagamos otra criatura semejante a él,

(1) Can. 1081, § 1.

(2) Enc. *Casti Conn.*, n. 5.

para que le preste auxilio y le sirva de compañía.. Y tomando una costilla de Adán. formó de ella la mujer, y la llevó a Adán. Dijo, pues, Adán: ésta es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; y se llamará *hembra*, porque ha sido sacada del *hombre* (o como si dijéramos *varona*, del *varón*). Por lo cual dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Y Adán y su mujer estaban desnudos y no se avergonzaban» (1). «Y Dios los bendijo diciendo: creced y multiplicaos, y llenad la tierra» (2).

Ahí tenemos el primer matrimonio, perfecto ejemplar de todos los matrimonios, preparado y bendecido por Dios. Dios lleva la mujer para que sea compañera del hombre. Adán, inspirado por el Señor, formula la ley eterna del matrimonio; conoce que la mujer es hueso de sus huesos y carne de su carne, y como tal la recibe por suya; con amor tan intenso que supera al que los hijos tienen a sus padres, y tan puro y santo, que estaban desnudos y no les causaba rubor. Esa unión de amor espiritual es bendecida por Dios, para que esos afortunados cónyuges no se manchen con los groseros deleites de la carne, sino que los ordenen según el espíritu, únicamente a la propagación de los hijos, que han de ser adoradores del Altísimo y poseedores del Cielo. Todo lo que de ese fin se aparte o no vaya encaminado a él, es degradarse los consortes, perturbar el orden establecido por Dios y ofenderle gravísimamente.

Procedió Dios con el hombre, aquí como en todo, de distinta forma que con los animales; a éstos les imprimió el instinto de cómo se habían de

(1) Gén. 2, 18 sgg.

(2) Ib. 1, 28.

conducir necesaria y automáticamente; y así lo hacen, por cierto, sin perturbaciones, con moderación, con orden impreso en sus instintos por Dios. Al hombre le presentó su esposa, y hablándole a su razón y a su libertad, le señaló el modo de proceder con ella, y el fin para que se la daba, y la firmeza con que a ella se había de unir. *Et erunt duo in carne una*: serán dos como una carne sola, es decir, constituirán un *principio único* de la procreación legítima, algo así como el Padre y el Hijo, en la Divinidad, constituyen un solo principio de quien procede el Espíritu Santo.

«Tal es — leemos en la citada Encíclica *Casti Connubii* — y tan singular la naturaleza propia de este contrato, que en virtud de ella se distingue totalmente, así de los ayuntamientos propios de las bestias que, privadas de razón y voluntad libre, se gobiernan únicamente por el instinto ciego de su naturaleza, como de aquellas uniones libres de los hombres que carecen de todo vínculo verdadero y honesto de las voluntades, y están destituidos de todo derecho para la vida doméstica (1).

Su carácter sagrado

Por eso el matrimonio ha sido siempre mirado por todo el género humano, aun por los gentiles, como algo santo, honorable, religioso y, como decía el Papa León XIII, un contrato no como otro cualquiera, sino *sua vi, sua natura, sua sponte sacrum*: sagrado por su propia fuerza, naturaleza y carácter (2).

«A la sola luz de la razón natural, y mucho mejor si se investigan los vetustos monumentos de

(1) Enc. *Casti Conn.*, n. 6.

(2) Enc. *Arcanum*, n. 11.

la historia, si se pregunta a la conciencia constante de los pueblos, si se consultan las costumbres e instituciones de todas las gentes, consta suficientemente que hay, aun en el matrimonio natural, un algo sagrado y religioso, no advenedizo, sino ingénito, no procedente de los hombres, sino innato, puesto que el matrimonio tiene a Dios por autor, y fué desde el principio una figura de la Encarnación del Verbo de Dios» (1).

Consta por los monumentos y testimonios de la antigüedad que, tratándose del matrimonio, no sabían prescindir de la religión y santidad que le es propia; por lo que las bodas solían y suelen celebrarse en todos los pueblos civilizados con los ritos y ceremonias propias de su religión, mediando la autoridad de sus pontífices y el ministerio de sus sacerdotes.

Era también corriente entre los antiguos decir que luchaban *pro aris et focis*, por los altares y por los hogares. No sin especial instinto equiparaban los hogares a los altares y la familia al santuario. Porque esto quiso Dios que fuese la familia: una especie de santuario, en el cual nadie puede penetrar si no es por la puerta santa del matrimonio.

De dónde proviene

Derivase este carácter sagrado y religioso del matrimonio, primeramente de su institución y bendición divina. No cabe concebir, según hemos indicado, origen más noble ni más augusto y sagrado que el de una obra que sale inmediatamente de las manos del Creador, y recibe de El su ley constitu-

(1) Enc. Casti Conn., n. 51.

cional y las primicias de sus celestiales bendiciones. Diríase que, según la primera página del Génesis, se completa la semejanza divina que imprimió Dios en el hombre al tiempo de crearle: «Creó Dios —dice— al hombre a su imagen», «creólos varón y mujer. Y bendijolos Dios diciendo: creced y multiplicaos» (1). Y es que, aunque el hombre individuo lleva en sí la imagen de Dios, en la espiritualidad y trinidad de sus potencias anímicas; todavía en la trinidad humana del padre, la madre y el hijo se aumenta y perfecciona esa semejanza con la divina Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y su infinita fecundidad.

Además, por la excelsitud y santidad de sus fines: engendrar y educar hijos para Dios y unir con Dios a los cónyuges mediante un mutuo y sincero amor; y ser constituidos en algo así como vehículo de la vida, por el que los hombres cooperan en cierto modo con la divina omnipotencia. ¿Puede haber fines más honestos ni más santos? ¿Qué dignidad tan excelsa!

¡El poder de dar la vida! Sólo los esposos tienen legítimamente este poder sobre la tierra, el cual los coloca sobre todo poder inferior al poder de Dios. Después de Dios sólo los padres han recibido el poder de multiplicar la vida, con la participación de la paternidad de Dios, «de quien viene toda paternidad, en el cielo y en la tierra» (2). ¿Qué es el ingeniero que fabrica un buque, el fundidor que forja una estatua, el investigador que extrae de la tierra una vena de oro, comparado con ese par augusto del matrimonio que forman un hombre o varios para el mundo, para la patria, para la Religión, para Dios?

(1) Gen. 1, 27-28.

(2) Ephes. 3, 15.

(1)

(2)

«Yo creo—concluiremos con el insigne Cardenal Gomá (1)—que si no hubiese habido más que un padre en el mundo, los hombres se hubieran postrado ante él, rendidos por la grandeza y majestad de este poder».

La felicidad mutua de los esposos, fácil cuando se va al matrimonio con intenciones rectas y honestas, es otro de los fines del mismo, que contribuyen a poner de relieve su carácter sagrado y religioso. *Adjutorium simile sibi*: una ayuda y compañera semejante a él. «¡Feliz el hombre que en la ruta de la vida halló la mujer cuyo ideal se forjó en su pensamiento! ¡Feliz la mujer que halló al hombre de sus ensueños, porque también ella ha sentido el misterio de esta atracción hacia el hombre! Se conocerán, se compenetrarán, y, sobre todo, se amarán con amor de razón y con amor legítimo de pasión. Y de este acto de inteligencia y de amor nacerá un deseo: el deseo de unirse, de enlazar sus vidas para los altos fines a que Dios les llama» (2).

Propiedades naturales

En el primer matrimonio, bendecido por Dios, resaltan además de la santidad otras dos propiedades fundamentales: la *unidad* y la *indisolubilidad*. «*Uno con una, y para siempre*». Tal es la fórmula en que se han compendiado estas dos propiedades inherentes al matrimonio por su propia naturaleza y divina institución.

Unidad, porque el Señor dió a *un* hombre *una* sola mujer. «Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a *su* mujer (no: sus mujeres); y

(1) «La Familia», 1940 p. 87.

(2) Gomá, *ibid.*, p. 55.

serán dos (nada más que dos) en *una* carne». Y como para significar más profundamente la unidad, no formó Dios a Eva del barro de la tierra, inspirando en su rostro nuevo aliento de vida; sino que tomó una porción del cuerpo vivo del primer marido, y plasmó con ella la primera esposa, como si fuese una prolongación del ser y de la vida de Adán.

La unión matrimonial ha de ser, pues, según la institución divina, de un hombre y una mujer: toda otra alianza carnal es pecaminosa, como contraria a la ordenación de Dios. Los fines peculiares del matrimonio, como son la conveniente educación de la prole, el mutuo e inviolable afecto de los cónyuges, y la paz y bienestar del hogar, exigen imperiosamente esa estricta unidad como un postulado, al menos secundario, de la ley natural, que únicamente por su divino Autor podría ser dispensado.

Es también *indisoluble* por naturaleza el lazo matrimonial. La mujer fué formada del hombre para el hombre, con el designio de que los dos sean *una* sola carne: luego esa unión ha de durar tanto como los elementos que la constituyen, o sea hasta la muerte de uno de los dos. «Es, pues, cosa clara que el matrimonio, aun en el estado de naturaleza pura, ya mucho antes de ser elevado a la dignidad de Sacramento propiamente dicho, fué instituido por Dios de tal manera que lleva consigo un lazo perpetuo e insoluble, y es, por tanto, imposible que lo desate ninguna ley civil (1).

Reclaman además, por la ley de naturaleza, esta inviolable estabilidad: el verdadero amor firme, perpetuo y sin celos entre los cónyuges; el bienestar

(1) Pío VI. Rescrip. ad Episc. Agriens., 11 Jul. 1789.

y fidelidad de ambos, especialmente de la esposa; la protección y educación de los hijos; y el bien de la misma sociedad civil, puesto que así como el divorcio vincular causa graves desórdenes y constantes perturbaciones sociales, así la absoluta indisolubilidad «es ubérrima fuente de honrada vida y de integridad moral» (2).

Mas como Adán y Eva perdieron la justicia original, la luz natural se fué oscureciendo en la mente de los hombres, y las pasiones triunfaron de la razón; de suerte que la santidad, unidad e indisolubilidad del matrimonio bien pronto fueron echadas en olvido. La carne corrompió de tal manera sus caminos que fué necesario el diluvio para lavar la tierra. En medio de la corrupción que se reprodujo al poco tiempo, no faltaron hombres justos y santos Patriarcas, que amaron a sus mujeres con amor casto; pero las leyes de la unidad y la indisolubilidad no siempre fueron observadas; si bien intervino la benévola dispensa de Dios, ya por necesidad de la rápida propagación del humano linaje, ya por causa de la dureza de su pueblo obstinado y contumaz.

2) Pío XI.

II

EL MATRIMONIO CRISTIANO

Pero el Redentor del mundo, rehaciendo con su gracia lo que la miseria humana pervirtió, devolvió al matrimonio su primitiva pureza y santidad; suprimiendo no sólo las monstruosidades engendradas por el paganismo, sino también las corruptelas introducidas en la Ley, por la dureza del alma israelita.

Jesucristo, restaurador de todas las cosas, elevó la naturaleza humana a las alturas sobrenaturales de que había caído, y le devolvió con creces la gracia y la santidad perdidas; quedando, por lo mismo, elevadas y santificadas las relaciones que de esa naturaleza proceden; elevado y santificado el amor con que los esposos se dan palabra de vivir unidos; santificada la unión misma del hombre y de la mujer; santificado el matrimonio de aquellos que tuvieron la dicha de llegar a ser incorporados a Cristo, o ser cristianos.

Dignidad de Sacramento

Luego el matrimonio entre cristianos es verdadero Sacramento; porque sólo los sacramentos pueden conferir la gracia que eleva y santifica. Jesucristo, que dejó medios de santificarnos desde que nacemos hasta que morimos, no quiso dejar sin santificación el origen natural de donde procede la

familia humana, el matrimonio. Y si quedase alguna duda, la desvanecería San Pablo cuando dice: «El hombre se unirá a su mujer... Este *sacramento* es grande; y lo digo en orden a Cristo y a su Iglesia» (1).

Sacramento grande, en el sentido propio de de esta palabra; porque aunque a veces se emplea en significación de *misterio*, en este caso no hay razón para despojarla de su significado literal; ya que todo sacramento es misterio, y aquí el misterio requiere la gracia del sacramento, con la cual puedan los maridos —secundando la exhortación del Apóstol— amar a sus mujeres «como Cristo amó a su Iglesia»: es decir, con un amor semejante, puro, sobrenatural, divino. El matrimonio es sacramento porque confiere esa gracia; y es misterio en cuanto representa la unión de las dos naturalezas en Jesucristo, y de Jesucristo con su Iglesia Santa.

Mas yo lo digo en orden a Cristo y a la Iglesia He aquí el profundo simbolismo cristiano de la unión conyugal. El matrimonio cristiano ya no tiene sólo la grandeza que podríamos llamar constitucional de orden natural, sino que es el símbolo de la unión física de la naturaleza humana a la Personal del Verbo en la Encarnación, y de la unión mística de Cristo con su Iglesia.

Y como en el tipo del matrimonio cristiano —que es la unión personal del Verbo con la naturaleza humana y de Cristo con su Iglesia— hay una virtud santificadora, que es la razón de la perfección sobrenatural en Jesucristo y en su Iglesia; así en la copia de este tipo, que es el matrimonio según Cristo, debe haber una gracia santificadora de la unión y de los que la contraen. Y ¿qué otra cosa es un sacramento, más que un signo sensible representativo y productivo de la gracia?

(1) Ephes. 5, 31-32.

Así lo ha proclamado también desde el principio la Tradición universal y no interrumpida de los Santos Padres y escritores de la Iglesia.

Ya Tertuliano decía que el matrimonio «es un vínculo que la Iglesia dignifica, que el sacrificio confirma, que la bendición sacerdotal sella, que los ángeles anuncian y el Padre celestial fortalece». San Máximo escribe: «Jesucristo asistió a las bodas de Caná para santificar con la bendición de su augusta presencia el matrimonio que desde el principio del mundo había instituido con su divina Autoridad». Por lo que San Agustín no vaciló en afirmar que «en el matrimonio de los cristianos vale más la santidad del *sacramento* que la fecundidad de la mujer». Y el santo Concilio de Trento fulminó anatema contra quienes negaren al matrimonio la razón de Sacramento (1).

Es, pues, el matrimonio, en la nueva era del mundo, una institución sobrenatural y santa, del mismo orden y naturaleza que el Bautismo, la Penitencia, la Extremaunción y los demás sacramentos de la Iglesia; es una fuente de gracia; una acción de Jesucristo realizada por medio de sus ministros; un acto sumamente agradable a la Santísima Trinidad, que en él abre su mano generosa para dar el más preciado de sus dones.

No es sólo una cuestión de amor carnal y mundano, ni un medio simplemente de satisfacer las concupiscencias, ni mucho menos una cuestión económica o administrativa, ni, en fin, un medio meramente de multiplicar los habitantes del orbe. Es algo más noble y elevado que todo eso, o mejor aún, es eso mismo santificado y elevado a un or-

(1) Ses. XXIV, can. 1.

den sobrenatural y divino, ordenado por Jesucristo para el mayor bien de sus fieles.

Todo es santo en el matrimonio cristiano: santos son los contrayentes, que hacen y reciben el sacramento, y santa la unión que de aquí resulta, en sí misma y en sus funciones primordiales. *Honorabile connubium*, consorcio venerable llama San Pablo a la unión conyugal cristiana; *thorus immaculatus*, tálamo sin mancha, dice de la función capital del matrimonio, que es la procreadora (1). Santísima es la gracia de Cristo que fluye en este sacramento sobre los desposados: gracia habitual que los santifica, y gracias o socorros actuales, o por mejor decir, derecho y promesa de gracias actuales para sobrellevar digna y fielmente las cargas que echan sobre sus hombros.

Y como si no bastara esta santidad íntima, la Iglesia ha formulado unas preces rituales para la bendición de los esposos, tan llenas de sublimes conceptos, como eficaces en el sentido de fecundidad de vida humana y de gracia divina que contienen.

El matrimonio sin religión

Frente a esta concepción espiritualista y cristiana que la divina revelación y la autoridad de la Iglesia nos enseñan, surge otra concepción antagónica e irreductible, que es la del naturalismo y laicismo matrimonial, raíz y fuente primordial de todos los males y de todas las abominaciones en esta materia. Porque «desechada y ahuyentada la religión — enseña León XIII —, es inevitable que los matrimonios caigan otra vez en la servidumbre de

(1) Hebr. 13, 4.

la corrompida naturaleza humana y de las peores y más dominantes pasiones» (1)

Y no es maravilla que un matrimonio hecho sin religión resulte abominable. Es lo más natural y ordinario. Los que—como sucede con mucha frecuencia, aun entre cristianos—miran la relación entre hombres y mujeres como un negocio, como un puro contrato en que se atiende al valor de lo que se compra y al precio que se paga, o más brutalmente todavía, como un lance de placer sensual, o—cuando más—como un arreglo de la felicidad de esta vida: no admitirán más criterio de conducta que la voluntad de los que se casan, o mejor, de los que se juntan; y más aún que la voluntad, el capricho y la furiosa y ciega sensualidad. A lo más, el matrimonio será para ellos un contrato como los demás, sujeto al poder público, que puede reglamentarlo, determinar sus requisitos y anularlo cuando le plazca.

Así se explica que en tiempos de impiedad y de indiferencia religiosa los incrédulos hayan amontonado tantos disparates y tantas atrocidades sobre el matrimonio.

Y es que no hay medio. O el matrimonio, o la desnaturalización más hedionda. Donde el matrimonio no conserva su carácter religioso, rota ya la regla que marcaba su dirección y limitaba su desenvolvimiento, desarróllase irregular y monstruosamente hasta los últimos excesos, inferiores en cierto modo a los de los mismos brutos. Porque éstos, como proceden por el instinto suyo, que tienen bien ordenado, por carecer de razón, proceden bien y con la moderación de tiempos y condiciones. Al paso que el hombre, como tiene el instinto inferior

(1) Enc. *Arcanum*, n. 18.

al de los brutos, por estar dotado de razón y de libertad, cuando voluntariamente se desprende de la razón y se abandona a su solo instinto, rebájase a un nivel inferior al bruto, queriendo sin freno y sin límite lo que el bruto apetece con límite ordenado por la Providencia.

De ahí dimanar esas tenaces y atrevidas intenciones para defender o atenuar la vida infiel y libertina; para abogar en favor del divorcio; para preconizar la limitación infame de los hijos; para torcer, en fin, y manchar toda la naturaleza con procedimientos torpísimos, con prácticas indecibles, con libertades escandalosas, con corruptores consejos a la juventud, dados tal vez por aquellos mismos a quienes los padres por fuerza tienen que encomendar los hijos de su corazón.

Contrato y sacramento, inseparables

«Cristo Nuestro Señor elevó el mismo contrato matrimonial, entre bautizados, a la dignidad de sacramento. Por tanto, entre bautizados, no puede haber contrato matrimonial válido sin que por ello mismo sea sacramento». Así, literalmente, el Código de Derecho Canónico (1).

No se crea, pues, que entre cristianos el sacramento es algo advenedizo, postizo, extrínseco; sino que es tan íntima su unión con el contrato matrimonial, que no se puede decir que sean dos cosas, sino que son una misma; ni se puede decir que en el matrimonio *hay* sacramento, sino que el matrimonio *es* sacramento. Jesucristo, así como convirtió el agua en vino en las primeras bodas que El ben-

(1) Can. 1012.

dijo, así elevó y convirtió en sacramento el mismo contrato válido y legítimo de los cristianos. Y de la misma manera que el Estado declara única moneda legítima, oficial y valedera, la que lleva tal o cual cuño y procede de determinada fábrica; así Jesucristo en la ley cristiana declara único matrimonio válido el que lleva el sello y las formalidades de sacramento; de tal suerte que entre bautizados, donde no hay sacramento, no hay matrimonio. Podrá haberlo y lo hay entre infieles, y aun este mismo pasa a ser sacramento por el solo hecho del bautismo de ambos cónyuges; pero entre cristianos, por mucho consentimiento y palabra solemne que se den los contrayentes, por mucha solemnidad y aparato con que revistan el acto, por mucha inscripción y aun reconocimiento que hubiere por parte del poder civil... ¡no habrá matrimonio verdadero!

Consecuencias jurídicas

1.^a Luego el llamado «matrimonio civil» entre bautizados, no es matrimonio, sino, en frase de León XIII, un torpe y abominable concubinato (1), condenado por Dios y por la Iglesia, y causa de eterna condenación para los que viven y mueren atados con ese lazo diabólico.

2.^a Luego los ministros de este Sacramento son los mismos contrayentes, en cuanto que aceptando cada uno la entrega del derecho que hace el otro, la sellan sacramentalmente. No sólo *reciben* un sacramento, sino que ellos lo *administran*, obrando en nombre y con la autoridad de Jesucristo. Consiguientemente, el sacerdote no es el ministro de este sacramento; es un testigo cualificado que asiste

(1) León XIII, Matrimonio civil, (8 Feb. 1893) n. 12.

y bendice las nupcias, si bien su presencia es requisito indispensable en los casos normales que señala la Iglesia, para la validez del contrato matrimonial.

3.^a Luego, habiendo Jesucristo conferido exclusivamente a la Iglesia la potestad de administrar las cosas santas, constituyéndola depositaria y dispensadora de los sacramentos por El instituidos, a ella sola pertenece el régimen del matrimonio cristiano en lo que atañe a su naturaleza, forma y propiedades esenciales, fijación de impedimentos e intervención en las causas matrimoniales; salva la competencia de la potestad civil sobre los efectos meramente civiles (1). El Supremo Legislador lo ha querido así; y todas las autoridades de la tierra y todos los hombres están obligados a respetar y obedecer su soberana voluntad.

Consecuencias morales

De la doctrina que dejamos anteriormente asentada, siguense además varias otras consecuencias gravísimas del orden moral respecto de los católicos que se casan civilmente y no por la Iglesia. Tales son:

1.^a Apostatan virtualmente de su fe y quedan excomulgados. Y aunque expresamente renieguen de su Religión y hagan una formal apostasía, sin embargo, en conciencia y ante Dios, no quedan casados, sino amancebados; por más que la ley civil lo permita y aun lo mande. No son ni podrán ser nunca, en tales condiciones, marido y mujer, sino manceba y concubino.

(1) Can. 1016; 1038; 1960.

2.^a Viven en pecado mortal público y escandaloso; por lo que no pueden, como indignos que viven fuera de la comunión de la Iglesia, recibir los santos sacramentos; ni siquiera en la hora de la muerte, si no se arrepienten y se separan, o se casan canónicamente.

3.^a Si desgraciadamente se obstinan y mueren en este triste y escandaloso estado, ni se pueden celebrar por ellos funerales, ni puede el sacerdote acompañar su cadáver al cementerio, ni se les puede dar sepultura eclesiástica, sino que deben ser enterrados por la ley de la iglesia y por nuestra actual legislación civil—fuera del cementerio católico.

Penas severísimas todas ellas, que indican claramente la enorme gravedad que a los ojos de la Iglesia tiene tan abominable pecado; que deben hacer a todo buen católico aborrecer profundamente tan ignominiosa situación, o salir de ella—quien así viviere—cuanto antes y a todo trance; y que, en fin, deben poner en guardia a los mismos familiares de los concubinos y a las Autoridades locales, para evitar el día de mañana bochornosos espectáculos y posibles conflictos en la defunción de tales desventurados.

Desgraciadamente, en esta Nuestra Diócesis fueron tales y tan hondos los daños y estragos causados por la legislación laica y atea de años anteriores, que—a pesar de lo mucho que se ha trabajado y de los innumerables yerros corregidos en esta materia—todavía perduran en gran parte sus funestísimos efectos y consecuencias; y ante la inconsciencia y pasividad de individuos, familias y pueblos, hemos tenido que recurrir en varios casos—con harto dolor del alma—a la fuerza coercitiva de las sanciones canónicas, velando por los fueros de la justicia y los derechos sacrosantos de la Iglesia.

Una y otra vez lo repetimos para que todos lo sepan y tomen nota, sobre todo las Autoridades municipales de los pueblos: *los pecadores públicos y escandalosos, como son todos los que viven amancebados, si mueren en ese estado, no pueden ser enterrados en cementerio católico.* Lo prohíbe terminantemente la ley eclesiástica, amparada por la legislación civil de nuestra patria.

Evítense a toda costa tan lamentables casos, y, cuando se presentaren, aténganse a las consecuencias aquellos a quienes incumbe, si no tienen previamente preparado otro cementerio, *civil*, no bendecido, para los que así mueren fuera del seno de la Iglesia.

III

BIENES DEL MATRIMONIO

Tres son, principalmente, los grandes bienes que de este Sacramento reciben los casados, y que constituyen como una triple cadena de oro que defiende la santidad del matrimonio; y son, según la célebre frase de San Agustín: *la prole, la fidelidad, el sacramento*. «*La prole*, en la cual se atiende a que ésta se reciba con gozo, se críe con cariño, y se eduque con religiosidad. *La fidelidad*, de suerte que nadie fuera del vínculo conyugal se una con otro o con otra. En el *sacramento* se atiende a que no se rompa la vida común, y a que el repudiado o repudiada no se una con otro, ni aun por causa de la prole. Esta viene a ser—añade el santo Doctor—la ley de los matrimonios, con la cual se dignifica la fecundidad de la naturaleza, y se reprime el desorden de la incontinencia» (1).

Fuera de esta cadena, todo es indignidad y torpeza, vergüenza y pravedad, indignación y pecado. Y contra esto no hay más que establecer en el mundo como nos lo pedía el Papa Pío XI, las costumbres cristianas y los tres grandes ideales del único y verdadero matrimonio entre bautizados.

(1) S. Agust., De bono coniug., c. 24, n. 32; De Gen. ad litt., lib. IX, c. 7, n. 12.

Primer bien: la prole

Ocupa ésta el primer lugar entre los bienes del matrimonio. Y aquí especialmente entramos en materia delicada, que, con todo el decoro y recato debidos, es imprescindible abordar y explicar al pueblo cristiano; ya que tampoco tuvieron reparo en hacerlo y lo estimaron necesario autores inspirados como los dos Príncipes del Apostolado, y los Romanos Pontífices.

«Fin *primario* del matrimonio es la procreación y educación de la prole», según enseña el Código vigente de Derecho Canónico (1), y dejamos ya atrás reiteradamente indicado. Si no es por la prole, el matrimonio no tiene razón de ser; es la procreación un deber que nace, hablando en general, de la misma naturaleza del contrato matrimonial, y al mismo tiempo un derecho y prerrogativa *exclusivos* del matrimonio, de tal suerte que, fuera del santuario de la unión conyugal, no existe otro medio lícito de propagar la vida humana. Y el que no resulte la prole algunas veces en el matrimonio es completamente accidental.

El mismo Creador, que quiso benigneamente usar de los hombres como de cooperadores en la propagación de la vida, lo enseñó así cuando al instituir el matrimonio en el paraíso, dijo a nuestros primeros padres, y por ellos a todos los futuros cónyuges: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra» (2). En estas palabras se encierra un poder excelso, juntamente con el deber correlativo; porque en la escala de los poderes no hallaréis en el mundo uno, sobre el que no pese la ley de la responsabi-

(1) Can. 1013.

(2) Gen. 1, 28.

lidad correspondiente a su ejercicio. Es pues la fecundidad, ordinariamente hablando, un mandato para los casados.

«¿Por qué entonces, dirá alguno, acepta la iglesia como un sacrificio heroico el de la renuncia a la facultad de procrear, y llama raza hermosa, *pulchra generatio*, a la de los castos? Porque el precepto gravita sobre la humanidad en general, no sobre los individuos; y pueden, los que se sientan con valor para ello, ofrecer a Dios sus cuerpos incontaminados: es un estado de mayor perfección al que, como dice el Apóstol, son pocos los llamados (1). Más aún, los mismos casados, por espíritu de sobriedad, de mortificación, de santificación de ciertos días, hasta de economía, pueden abstenerse de hacer uso de esa facultad procreadora que recibieron de Dios. Sólo la contravención de las leyes de la naturaleza es lo que condena la ley moral en este punto» (2).

Mas no se crea que acaba con la procreación el beneficio de la prole, sino que a ella se ha de añadir la debida educación. Mal hubiera provisto Dios sapientísimo a los hijos, y aun a todo el género humano, si no hubiese encomendado el derecho y obligación de educar a quienes dió el derecho y la potestad de engendrar. La familia es un árbol magnifico, el árbol máspreciado de la humanidad. Un árbol del cual espera el Señor primero las flores del amor legítimo y cristiano; mas toda la flor es destinada para producir fruto, y todo el árbol, desde la raíz hasta la última hoja, es para custodiar ese fruto hasta que llegue a sazón. Flores del amor y frutos de bendición, que se han de formar hasta que maduren y sirvan al mundo.

(1) 1 Cor. 7, 40.

(2) Gomá, «La Familia», pp. 85-6.

En orden a la prole, repetiremos con San Agustín: «que se reciba con gozo, se críe con cariño, y se eduque con religiosidad».

Errores y abominaciones contra la prole

Y llegamos ya—venerables Hermanos y amadísimo Hijos—a tratar de la principal prevaricación en el santuario del hogar, del gran crimen y horrenda desgracia de nuestro tiempo: el temor de los hijos; la revolución contra la prole, que es cabalmente el fin primordial y esencialísimo de todo matrimonio: el fenómeno de la esterilidad voluntaria que, con el sabio Cardenal Gomá, consideramos «como una de las grandes aberraciones de la civilización moderna y uno de los distintivos de las razas decadentes».

Y no nos fijemos ya en una sola nación. Hasta hace poco, todos apuntaban con el dedo a la gran enemiga de la infancia; sus estadísticas nos espartaban; la disminución de su natalidad preocupaba hondamente a los hombres de Estado. Pero ya, desgraciadamente, el progreso moderno sin Dios va extendiendo semejantes degradaciones por todo el mundo, infiltrando el abominable veneno por todas las naciones, y difundiendo la enseñanza del fraude y del oprobioso proceder por todas las clases.

Ayer, como quien dice, todavía las familias, los esposos recibían conformes los hijos que les daba Dios, y trabajaban por educarlos y sostenerlos. Hoy, hasta en las conversaciones de los tranvías y de los cafés oiréis chanzas indecentes, bromas groseras, y aun razonamientos animales y filosofías serias en favor de esta moral homicida.

Antes, sólo las clases ricas o acomodadas, y en las grandes poblaciones, lo sabían o podían. Hoy

lo saben y lo pueden todos, hasta los pobres y miserables, en los ínfimos villorrios. En pocos años la peste se ha hecho europea y aun mundial; a manera de cáncer ha invadido e inficionado todas las sociedades, amenazando conducir las al *suicidio nacional*. Y hasta encuentra algunos médicos y farmacéuticos infames que la patrocinan; y muchos esposos cristianos que, con fútiles pretextos, tratan de justificar y poner en práctica tan abominables procedimientos.

¡Oh, esposas y esposos cristianos! Por el honor de la Religión y por la reverencia debida a la santidad y bondad divina; por vuestra misma dignidad y vuestro porvenir; por el amor que debéis a vuestra patria, no os suméis al grosero rebaño de los esposos egoístas y criminales, que de tal manera depravan la raíz de la humanidad y el manantial de la familia. Semejantes matrimonios son la vergüenza de la sociedad actual. No hay palabras bastantes para condenar tan infame proceder antinatural, antipatriótico, antisocial, y, sobre todo, anticristiano.

Escuchad las enseñanzas del gran Pontífice Pío XI, que al llegar a este gravísimo punto, revestido de todo el peso de su autoridad infalible, levanta su augusta voz, y una vez más declara y promulga «que cualquier uso del matrimonio en cuyo ejercicio el acto, de propia industria, queda desvirtuado de su natural fuerza procreativa, va contra la ley natural, y los que tal cometen se hacen reos de un grave delito». «Ningún motivo—añade—aun cuando sea gravísimo, puede hacer que lo que va intrínsecamente contra la naturaleza, sea honesto y conforme a la misma naturaleza» (1).

Ni los dolores y molestias inherentes a la ma-

(1) Enc. *Casti Connubii*, nn. 33 y 34.

ternidad, ni el mismo peligro de vida de la madre, mucho menos la pobreza..., nada puede presentarse que valga para derogar la obligación impuesta por los mandamientos de Dios, los cuales prohíben todas aquellas acciones que por su íntima naturaleza son malas, cualesquiera que sean las circunstancias y el fin. Con el auxilio y fortaleza de la divina gracia, con la amorosa providencia de Dios, siempre pueden los esposos superar todos los obstáculos, y desempeñar fielmente sus deberes, y conservar la castidad conyugal limpia de mancha tan vergonzosa; teniendo presente la doctrina general de la Iglesia enseñada en el Concilio de Trento con palabras de San Agustín: «Dios no manda nunca cosas imposibles; sino que con sus preceptos te amonesta que hagas cuanto puedas, y pidas lo que no puedas, y El te da su ayuda para que puedas» (1). En cambio la naturaleza misma suele vengarse, con enfermedades y perturbaciones gravísimas, cuando ve sus derechos violados; y es que de las leyes sacrosantas de Dios nadie se burla impunemente: *Deus non irridetur* (2).

Otro crimen nefando

Pero «todavía hay que recordar—continúa el Papa de la Encíclica *Casti Connubii*—otro crimen gravísimo, con el que se atenta contra la vida de la prole cuando aún está encerrada en el seno materno» (3). Causa angustia en el corazón y estrechura en el alma ver tantos padres que, en vez de recibir al hijo con amor, como dice San Agustín,

(1) Conc. Trid., s. VI, c. 11.

(2) Gal. 6, 7.

(3) n. 39.

le cierran las puertas de la vida, o lo asesinan en el primer instante de ella.

«Es gravísima la maldad de aquellos casados —enseña el Catecismo Romano de S. Pío V— que, o impiden con medicinas la procreación, o procuran el aborto. Porque esto se debe tener por una cruel conspiración de homicidas» (1). El mismo Jefe del Estado español, consciente de la gravedad y funestísimas consecuencias de ese doble crimen, y consecuente con sus ideas y sentimientos cristianos, acaba de preocuparse seriamente de este asunto, y en estos mismos días ha promulgado una oportunísima y acertada ley para la protección de la natalidad, contra el aborto y la propaganda anticoncepcionista: declarando punible todo aborto que no sea espontáneo, así como cualquier género de propaganda anticoncepcionista, y dictando severas sanciones contra los que cometan, consientan o cooperen a tales delitos, máxime si son personas que estén en posesión de cualquier título sanitario, o se dediquen habitualmente—de un modo directo o indirecto—a esa actividad criminal (2).

Son, pues, de hoy más en España semejantes hechos no sólo pecados, sino también delitos; crímenes sociales de *lesa Religión y de lesa Patria*.

Tratan de justificarse los que así proceden, con lo que llaman indicación médica y terapéutica, social, eugénica. Pero ¿qué causa—pregunta el Papa—podrá excusar jamás de alguna manera la muerte del inocente? Ya se cause tal muerte a la madre, ya a la prole, siempre será contra el precepto de

(1) *Catech. ad par.*, p. 2.^a, c. VIII, n. 13.

(2) Ley de 24 de Enero de 1941. Jefatura del Estado. (B. O. del E., 2-II-1941). Véase el texto íntegro en la *Jurisprudencia Civil* de este mismo número de nuestro BOLETÍN.

Dios y la voz de la naturaleza que clama: ¡No matar! Es, en efecto, igualmente sagrada la vida de ambos, y nunca tendrá poder, ni siquiera la autoridad pública, para destruirla. Quienes tal hicieren o en ello sean cómplices, recuerden que Dios es juez y vengador de la sangre inocente que clama de la tierra al cielo (1), y que juntamente con los anatemas inexorables de Dios, recaen sobre ellos las condenaciones de la Iglesia (2).

Son, pues, de alabar—concluye el Maestro infalible de la fe y de las costumbres—aquellos honrados y expertos médicos que trabajan por defender y conservar la vida tanto de la madre como de la prole; mientras que por el contrario se mostrarían indignos del ilustre nombre y del honor de médicos quienes procurasen (directamente) la muerte de la una o de la otra, so pretexto de medicinar, o movidos de una falsa conmiseración (3).

Por medios lícitos y honestos, y dentro de los debidos límites, se puede, sí, poner remedio a un mal o prevenir futuras y dolorosas contingencias. Mas pretender hacerlo poniendo en práctica directamente acciones de suyo ilícitas, medios intrínsecamente malos y pecaminosos, cualquiera que sea la causa motiva, y por gravísimos que supongamos los daños que se trata de evitar..., eso no se puede hacer jamás; es contra la naturaleza misma y contra el precepto divino promulgado por el Apóstol: «No se pueden hacer males para que nos vengan bienes» (4). Ni se puede admitir en sana moral que el fin justifique los medios.

(1) Gen. 4, 10.

(2) Can. 2350.

(3) Enc. *Casti Conn.*, n. 39.

(4) Rom. 5, 8.

Segundo bien: la fidelidad conyugal

Consiste el segundo de los bienes del matrimonio enumerados por San Agustín «en la mutua lealtad de los cónyuges en el cumplimiento del contrato matrimonial, de tal modo que lo que en este contrato, sancionado por la ley divina, compete a una de las partes, ni a ella le sea negado ni a ningún otro permitido, ni al consorte se conceda lo que jamás pueda ser concedido por ser contrario a las divinas leyes y derechos, y del todo disconforme con la fidelidad del matrimonio» (1).

Esta fidelidad, basada en el derecho pleno, exclusivo e inalienable, en orden a los fines del matrimonio, que a cada uno de los cónyuges concede el contrato matrimonial, «la exige en primer lugar la absoluta unidad del matrimonio, ya prefigurada por el mismo Creador en el de nuestros primeros padres, cuando quiso que no se instituyese sino entre un hombre y una mujer». Mas en el matrimonio cristiano «no solamente plugo a Cristo Nuestro Señor condenar toda forma de lo que suelen llamar poligamia y poliandria simultánea y sucesiva, o cualquier otro acto deshonesto externo, sino también los mismos pensamientos y deseos voluntarios de todas estas cosas, a fin de guardar inviolado en absoluto el recinto sagrado del matrimonio: «Oísteis —decía a los fariseos que le tentaban— que fué dicho a los antiguos: No adulterarás. Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón» (2).

(1) Enc. *Cast. Conn.*, n. 15.

(2) *Ibid.*, n. 16.

Si el amor humano fuese solamente sensual, no pasaría de ser una bajeza y una degradación. Mas Dios en el matrimonio exige que el amor sea la fusión de dos almas en una, la unión de dos espíritus para perfeccionarse, la unión de dos personas para ayudarse y completarse. Entre los bienes humanos, es la amistad el don acaso más perfecto que Dios ha concedido al hombre; y entre las amistades, la del matrimonio es, sin duda, la más perfecta, tanto que esencialmente se diferencia de las demás, y ninguna puede compararse con ella.

Semejante amistad ha de ser, como la llaman los teólogos, *fides*, es decir, no precisamente la fe teológica, sino una confianza plena de los cónyuges uno en otro; un abandono del uno en el otro, total y para siempre; sin más reservas que las del derecho natural y de los deberes para con Dios y sus leyes.

El matrimonio cristiano es el amor más intenso que hay en el mundo, sellado por el sello de la fidelidad más inquebrantable. No da ni siquiera lugar a la idea de la solubilidad de este amor. Los esposos saben que deben unirse con un amor duradero, el cual debe perseverar por virtud y sentimiento cuanto se pueda, y si alguna vez termina el sentimiento, al menos por virtud ayudada de la gracia. De esta manera proveyó Dios a esa gran necesidad e impulsos del amor humano, y por medio del sacramento ha asegurado, cuanto se puede por la fuerza moral y sin destruir la libertad, el amor conyugal, lo que con toda propiedad apellidaba San Agustín «fidelidad en la castidad».

Pero también aquí hemos de lamentar errores y degradaciones. «Es preciso denunciar—diremos con severas y enérgicas frases del Card. Gomá—las afrentas gravísimas que a la unidad conyugal han infe-

rido la licencia de nuestros días y la inconsciencia fatal con que los hombres de hoy han dejado relajarse la rigidez del concepto tradicional del matrimonio. Considérase la poligamia como un signo de decadencia de los pueblos, y no obstante de hecho se practica entre nosotros, en forma más o menos clandestina, según lo consienta el ambiente social en que se viva. Hombres sin escrúpulo, quizás mujeres sin honor, que son capaces de abominar de una civilización decadente, en la que se conservan las vergüenzas del harén, y que hacen lo que es mil veces peor: despreciar la ley cristiana y la sangre de Cristo, que selló su unión con un cónyuge único, contra quien se peca de infidelidad y de injusticia al enredarse en ilícitos amores con un tercero».

«¡Daño tremendo—concluye el mismo egregio purpurado—el que de aquí proviene a la sociedad cristiana! Hogares fríos, a los que se ha robado un amor que se prodiga en ilícitos contubernios; luchas enconadas entre quienes debieran ser una sola carne y un solo espíritu...; hijos escandalizados; disipación de los bienes de fortuna, de carácter, de salud; esa inquietud de vivir que produce siempre una conciencia miedosa del crimen, o a lo menos de la pérdida del respeto social, y que convierte la casa, de un cielo de paz y de ventura en antro donde anidan toda suerte de recelos y sospechas» (1). ¡Cuántas ignominias y qué terribles tragedias!

«Falsean, por consiguiente, el concepto de fidelidad los que opinan que hay que contemporizar con las leyes y costumbres de nuestros días acerca de cierta fingida y perniciosa amistad de los cónyuges con alguna tercera persona, defendiendo una mayor

(1) «La Familia», cap. 3, p. 104-5.

libertad de sentimientos y de trato en dichas relaciones externas» (1).

«La mujer—exclama el Apóstol—no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido; como éste no la tiene del suyo, sino la mujer» (2). Violando la fidelidad a este derecho, se atenta contra el pacto nupcial, se profana la dignidad del sacramento, y se comete el abominable delito de adulterio. Ni es lícito al varón, diremos con S. Ambrosio, lo que no es lícito a la mujer. A ambos obliga igualmente la misma ley de la castidad conyugal.

Tercer bien: el Sacramento

El tercer beneficio del matrimonio cristiano, beneficio que, como enseña el mismo Pontífice Pío XI, excede con mucho a los otros dos, es el que San Agustín llama Sacramento; palabra que significa tanto la indisolubilidad del vínculo como la elevación y consagración que Jesucristo hizo del contrato, constituyéndolo signo eficaz de la gracia.

La gracia sacramental

Desde el momento que los esposos prestan su consentimiento, abren para sí mismos—según dejamos ya indicado—el tesoro de la gracia sacramental, de donde han de sacar energías y peculiares disposiciones para cumplir los deberes y sobrellevar las cargas anejas al matrimonio; que no todo en él es alegría y bienandanza, sino también tribulación y sacrificio, según lo previno el Apóstol: *tribulatio-*

(1) Enc. *Cast. Conn.*, n. 44.

(2) 1 Cor. 7, 4.

nem tamen carnis habebunt hujusmodi; los que que se casan tendrán tribulación humana (1).

Como por el Bautismo y el Orden el hombre queda destinado y recibe auxilios para vivir cristianamente o ejercer los sagrados ministerios, así y casi del mismo modo (aunque no en virtud de un carácter sacramental) los fieles, una vez que se han unido por el vínculo conyugal, jamás pueden verse privados del auxilio y lazo sagrado de este sacramento. Conservan ese sagrado vínculo aun los que han cometido adulterio, si bien, al decir de San Agustín, no ya para honor de la gracia, sino para castigo del crimen.

Mas para que esa gracia produzca todo su efecto, es necesaria la cooperación de los cónyuges, poniendo todo su empeño en cumplir bien sus obligaciones. Pues como en el orden natural, para que las fuerzas que Dios ha dado desarrollen todo su vigor y para que la semilla produzca todo su fruto, es necesario que los hombres apliquen su trabajo y su industria, así también las fuerzas de la gracia requieren indispensablemente la fiel correspondencia y cooperación del hombre.

Exige en primer lugar la naturaleza y santidad del contrato matrimonial y la estabilidad y firmeza del vínculo, una colaboración afectuosa y asidua entre los esposos; a semejanza de la que existe entre Jesucristo y su Iglesia, cuya unión es el tipo de la unión matrimonial. Además, la tolerancia mutua, única garantía de la paz entre dos seres humanos que han sacrificado, para unirse, su libertad, aportando cada cual como más preciada dote al matrimonio todo su ser para toda la vida. Una compenetración plena e indisoluble, como el mismo

(1) I Cor. 7, 28.

matrimonio, dará a la vida conyugal de ambos esposos el máximo rendimiento. Y en fin, a todo ello debe acompañar el sacrificio constante del propio pensar y querer en la vida conyugal; única manera de cortar de raíz inútiles debates y desavenencias estériles, que frecuentemente turban la paz de los matrimonios.

¡Ah si los esposos católicos supiesen formarse cabal concepto de la dignidad y santidad del matrimonio! Porque nuestra Religión sacrosanta no da solamente advertencias y consejos, sino también poderosos auxilios para la santificación y espiritualización de la vida conyugal. El amor crucificado del Señor ha de servir de ejemplo y de fuente de gracia para el amor de los casados cristianos. El modelo del divino Esposo ha de dar al varón la fuerza y valor necesario para amar a su mujer no sólo material y carnalmente, sino santamente «como ama Cristo a la Iglesia», y por ella estar pronto al sacrificio, «como Cristo se ha dado en sacrificio a la Iglesia para santificarla... y formarla con tal primor que no tenga mácula ni arruga, ni cosa semejante» (1).

Y ese mismo modelo de Cristo y de la Iglesia debe servir a las mujeres de medio y estimulante de gracia, para someterse en todas las cosas a sus maridos, y mostrarse en su presencia respetuosamente recatadas, e influir así sana y religiosamente sobre ellos, a fin de que—según prescribe el Príncipe de los Apóstoles—«si algunos no creen por medio (de la predicación) de la palabra, sean ganados a ella por el trato con sus mujeres, considerando la pureza de la vida que llevan y el respeto que les tienen» (2).

(1) Eph. 5, 27.

(2) 1 Pet. 3, 1.

La indisolubilidad

(1) Ya hemos dicho que el matrimonio verdadero, por su propia naturaleza y por la primitiva institución divina, es de suyo perpetuo e indisoluble: de tal suerte que si se intentare contraer sin ese perpetuo lazo, no sería ya matrimonio, sino unión ilegítima y contraria a la ley de Dios.

Y si es cierto que antes de la venida del Mesías se mitigó la sublimidad y rigor de la ley primitiva, hasta el punto que Moisés llegó a permitir a los mismos ciudadanos del pueblo de Dios que, por dureza de su corazón y por determinadas causas diesen a sus mujeres libelo de repudio y pudiesen pasar a nuevas nupcias; Jesucristo, sin embargo, en virtud de su poder de Legislador supremo, revocó en absoluto aquel permiso y tolerancia, y restableció íntegramente la ley primera, con aquella célebre frase: «Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre» (1). No queda, pues, el lazo del matrimonio expuesto a los caprichos de los hombres. Dios estableció ese lazo, y sólo El puede deshacerlo: al hombre no le toca sino respetar y conservar lo que Dios hizo.

Así lo afirmó de una manera terminante el Señor, arguyendo a los fariseos que insidiosamente le plantearon un día esta cuestión. Y más categóricamente aún, si cabe, dando poco después a sus discípulos esta explicación confidencial del diálogo que acababa de sostener con sus adversarios: «Cualquiera que deje a su mujer y se case con otra, es adúltero» (2). Y San Pablo, fidelísimo intérprete y predicador de la doctrina de Jesucristo, escribe: «A

(1) Mt. 19, 6.

(2) Lc. 16, 18.

los que están unidos en matrimonio mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido, y a ella no le será lícito casarse con otro» (1).

La Iglesia y los Romanos Pontífices, apoyados en las divinas enseñanzas, siempre han sido invictos defensores de la indisolubilidad absoluta del matrimonio; aun contra las audaces pretensiones de monarcas libidinosos: como Felipe Augusto de Francia que, repudiada su mujer Ingelburga, quería casar con Inés de Merán; Enrique VIII de Inglaterra, que pretendía fuese anulado su matrimonio con Catalina de Aragón y dar su corona a Ana Bolena; y el omnipotente Napoleón I, a cuyas extravagantes pretensiones se opuso tenazmente el mansísimo Pío VII, desterrado y prisionero.

La palabra de Jesús y de los Apóstoles es categórica en este punto. Ni la infidelidad de los esposos puede romper el vínculo conyugal; cuánto menos la incompatibilidad de caracteres, la enfermedad, o los fútiles pretextos alegados por la impiedad o la pasión. Podrá ello determinar una separación de los cónyuges, legitimada por la misma Iglesia que autorizó el matrimonio; pero el lazo matrimonial no se romperá sino con la muerte de uno de los esposos. Y la causa de esta indisolubilidad la señala San Agustín en una sola palabra: «El Sacramento lo reclama así» (2). ¿Cómo podría el matrimonio simbolizar la unión inefable de Cristo y su Iglesia, unión espiritual, de amor perpetuo, de donación total, si estuviese en manos del hombre o en poder de la ley deshacerlo y quebrarlo?

(1) I Cor. 7, 10-11.

(2) *De nuptiis*, c. 10.

Dos excepciones por ley divina

Mas para bien entender esta doctrina, conviene distinguir entre el matrimonio celebrado según la ley de la naturaleza entre personas que no son cristianas, llamado meramente *legítimo*; y el matrimonio cristiano celebrado conforme a las enseñanzas de la Iglesia, el cual suele llamarse *rato* = aprobado o ratificado por la Iglesia, o también *canónico*.

El lazo matrimonial entre los casados conforme a la sola ley natural, puede deshacerse cuando uno de los cónyuges se convierte a la fe católica, y el otro no quiere cohabitar con el convertido, o no consiente hacerlo sin injuria del Criador, o peligro de perversión. Porque, como Jesucristo ha perfeccionado la naturaleza por la virtud de la gracia, luego que la luz de la fe ilumina un alma, el vínculo que la liga a Cristo, sin el cual no puede ser salva, ha de prevalecer sobre el lazo carnal que ligaba los cuerpos. De suerte que así como dos casados infieles, si se convierten ambos, afianzan por la fe y la gracia el vínculo conyugal; así, si uno solo fuese el convertido y el otro no consintiera vivir en paz, o se separase, quedaría aquel—por privilegio otorgado por nuestro Señor Jesucristo en favor de la fe divina—libre para contraer matrimonio cristiano con otro también cristiano, con cuyo matrimonio quedaría ipso facto disuelto el vínculo primero (1). Es ley divino-evangélica, promulgada por San Pablo en su primera carta a los de Corinto (2); por lo que suele denominarse «privilegio paulino». La Iglesia, interpretando y aplicando la ley y dis-

(1) Cáns. 1120 y 1126.

(2) 1 Cor. 7, 15.

pensa divina, ha extendido alguna vez este privilegio a casos análogos en favor de los no convertidos, disolviendo el matrimonio contraído y hasta consumado en la infidelidad.

En los matrimonios cristianos hemos de distinguir también el tiempo en que los consortes—ya celebrado el contrato matrimonial ante la Iglesia—todavía no han vivido juntos (matrimonio *rato*), del tiempo en que, en frase de la Sagrada Escritura, son dos en una carne (matrimonio *consumado*). En el primer caso se concibe que pueda deshacerse el lazo matrimonial, si la vocación divina llamase a cualquiera de los cónyuges a un estado más perfecto, como es la vida religiosa: porque el que se sintiere llamado debe ser dócil al llamamiento divino; y el otro no tendrá derecho a oponerse a que siga la voz de Dios; puesto que, no siendo aún consumado el matrimonio, ni obstan los deberes que tendrían para con los hijos, ni se hace injuria al que quedase en el siglo, ya que es libre para casarse otra vez. Así está definido como doctrina de fe católica en el Concilio de Trento (1), y ratificado por la vigente legislación codificada de la Iglesia (2); pero únicamente en el caso de profesión de votos *solemnes* en alguna Orden religiosa propia y canónicamente tal. Y aquí también, en virtud de la potestad *ministerial* que compete a la Iglesia (3), tiene facultades para disolver por causas

(1) Ses. 24 can. 6.

(2) C. J. C., can. 1119.

(3) Llamamos así a la potestad que la Iglesia tiene y ejerce no como causa principal, sino como instrumento de su Divino Fundador, ya que no se trata de dispensar en sus propias leyes, sino en leyes divinas, cuya obligación está vinculada a un hecho humano dependiente del libre albedrío: como cuando dispensa también en los votos y juramentos.

gravísimas en algunos otros casos, el matrimonio simplemente rato o no consumado de los cristianos.

De donde se infiere que la indisolubilidad absoluta y perpetua del vínculo matrimonial ha de entenderse propiedad exclusiva e inviolable del matrimonio cristiano consumado. De esa unión, principalmente, es de la que Jesucristo dijo: «no presuma el hombre deshacerla», y San Pablo asegura que sólo por la muerte puede disolverse. Porque sólo en ella es donde se verifica plena y perfectamente la significación mística del matrimonio de los cristianos, el cual representa la unión perfectísima entre Jesucristo y la Iglesia, unidos en comunidad de vida de tal suerte que no hay nada que los pueda separar.

«El matrimonio — enseña el Doctor Angélico — antes de su consumación significa más bien aquella unión que existe entre Jesucristo y el alma por la gracia, la cual puede romperse por una disposición espiritual contraria, o sea por el pecado mortal. Mas después de haber sido consumado, simboliza la unión de Cristo con su Iglesia en cuanto a la asunción de la naturaleza humana a la unidad de su persona divina, la cual es absolutamente indivisible» (1). Y en esta unión hipostática del Verbo con la humanidad tiene su raíz, causa y fundamento la unión de Cristo con la Iglesia.

El divorcio

No es pequeña la confusión que a veces ha engendrado la promiscuidad con que en muchas legislaciones modernas y en el lenguaje vulgar se ha adoptado la célebre palabra *divorcio* para significar cosas totalmente distintas, a saber: la disolución

(1) Suppl. Quaest. 61, a. 2 ad 1m.

del vínculo conyugal, en oposición a la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio, y la simple separación de los cónyuges en cuanto a la habitación y vida conyugal. Por eso, sin duda, en el vigente Código Canónico, se ha sustituido en este caso la palabra divorcio por la de «separación» (1).

Separación de los cónyuges

¿Pueden darse causas legítimas que justifiquen y aun aconsejen esta separación? Es indudable, y la experiencia lo confirma. El vínculo matrimonial no es ni puede ser de tal condición que obligue forzosamente y contra su voluntad a los casados a vivir siempre bajo un mismo techo, y a tener en todo caso un mismo lecho. Y la razón es obvia: el matrimonio no es el fin, sino medio para la consecución del fin, que es la salvación; de modo que si el vivir juntos, en vez de servir a la mutua santificación de los consortes, es ocasión próxima de ruina espiritual y semillero de discordias y de escándalos..., entonces, prevaleciendo el derecho—o mejor el *deber*—que cada cual tiene de salvar su alma, bien podrá buscar en la separación o divorcio imperfecto, la paz y el camino que en la unión no puede hallar.

Dicho se está que las causas han de ser verdaderamente graves: porque si no lo fueren, llamará siempre contra ellos la estrecha obligación que los casados tienen de dispensarse recíprocamente, y de prestarse mutuo auxilio en todas las circunstancias de la vida. Han de ser tales que se opongan directamente a la fidelidad conyugal, como el adulterio; o sean destructoras de la fe, como la here-

(1) Lib. III, cap. X, art. II.

jía; o sirvan formalmente de escándalo, induciendo expresamente al pecado. Es además causa de separación, cuando no hay hijos que sirvan de atadura, la profesión religiosa, abrazada por uno, o por ambos, de común consentimiento; obligándose con voto el que quedara en el siglo a guardar la castidad.

Nunca deben, sin embargo, los esposos cristianos proceder de ligero en materia tan grave y tan delicada; ni han de precipitarse a vivir separados sin que preceda el fallo de la Iglesia, a la cual corresponde juzgar en las causas matrimoniales; ni deben perder de vista los que llegaren a divorciarse que esa separación no les autoriza en modo alguno para nuevas alianzas, sino que han de vivir en castidad; y constituye en ellos la violación de esta virtud el gravísimo pecado de adulterio. A estos, pues, exhortamos paternalmente con el Apóstol: «procuren reconciliarse y restablecer la paz» (1).

Divorcio vincular

Empero el divorcio tomado en su propia y rigurosa acepción de disolución del vínculo, ¿es posible alguna vez? Fuera de los casos excepcionales que dejamos enumerados, nunca ni por ningún motivo puede darse semejante disolución o ruptura entre consortes bautizados. La Iglesia nunca lo ha consentido, ni puede consentirlo jamás; mucho menos cualquiera otro poder de la tierra. Sería contravenir la ley de Dios, única e irrefragable, amplísimamente confirmada por Jesucristo: «Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre»; ley que no pueden anular ni los decretos de los hombres, ni las convenciones de los pueblos, ni la voluntad de ningún legislador.

(1) 1 Cor. 7, 11.

Es, por tanto, el divorcio moderno o legal que propugnan y admiten ciertos Estados, una impiedad y un crimen; es un atentado contra la dignidad del matrimonio como contrato natural y aún más como sacramento; es un atropello de las leyes y derechos sacrosantos de la Iglesia; y, en fin, un gran pecado, foco de inmoralidad, ruina de la familia, y destructor de la sociedad. Es un hecho fatal que denuncia la historia, el hecho del celibato vicioso y del divorcio cuando se corrompen los pueblos; y aun para los pueblos más depravados constituye siempre un escándalo social el divorcio, porque a mayor número de divorcios, mayor claudicación pública del sentido social de la grandeza del matrimonio, mayor facilidad para disolverlos, mayor frenesí para buscar uniones nuevas, con evidente y lamentable relajación de la moral pública.

Luego aquellos que así son separados por cualquiera potestad humana, quedan y permanecerán siempre tan casados como antes. Y si atentan pasar a nuevas nupcias, serán siempre ilícitas y nulas o de ningún valor; toda otra unión marital será un abominable pecado de escándalo y de adulterio.

No hemos de detenernos, por no hacernos excesivamente prolijo en enumerar los inmensos beneficios que al individuo, a la familia y a la sociedad se derivan de la indisolubilidad del matrimonio cristiano; ni los enormes y gravísimos daños que fluyen del divorcio vincular. Fácilmente se adivinan y comprenden, y en las dos repetidas Encíclicas de León XIII y Pío XI se hallan admirablemente expuestos.

Y por si para algunos incautos pudiera ser motivo de extrañeza o piedra de tropiezo la *nulidad* de ciertos matrimonios que de vez en cuando y por gravísimas causas declara con su autoridad suprema la Santa Sede, dejando libres para contraer

nuevamente a tales cónyuges; les advertimos que tranquilicen su espíritu y depongan sus vacilaciones y temores. La Iglesia *declara* sí, pero *no hace* nulos tales matrimonios. No puede disolverse o romperse un vínculo que no existía: o por un impedimento dirimente, o por falta de consentimiento, o por algún otro defecto esencial. La Iglesia, en tales casos, declara haber sido nulo, o, lo que es lo mismo, no haber realmente existido el que se reputaba matrimonio, y deja en libertad a los así unidos: bien sea para convalidar el matrimonio mediante la renovación del mutuo consentimiento, con lo que se considera subsanado y válido *in radice*, desde el principio; o bien para contraer nuevas y verdaderas nupcias con cualquiera otra persona hábil. Es famoso en la historia el caso del gran Pontífice Inocencio III, apellidado «el Augusto del Papado», que declaró nulo el matrimonio de Alfonso XI de León con su sobrina Berenguela de Castilla, después de nueve años de casados y con varios hijos, entre ellos el glorioso Rey San Fernando.

IV

PREPARACION PARA EL MATRIMONIO

De la naturaleza sagrada y religiosa, y especialmente sacramental, del matrimonio cristiano infiérese lógicamente la necesidad de una preparación esmerada para recibirlo dignamente. La trascendencia y gravedad misma de los deberes que por él se contraen para toda la vida, requieren, sin duda, una preparación ponderada y detenida.

Sabidamente lo previene el Papa Pío XI cuando dice: «No puede negarse que tanto el fundamento firme del matrimonio feliz como la ruina del desgraciado, se preparan y se basan en los jóvenes de ambos sexos durante los días de su infancia y de su juventud. Y así hay que temer que quienes antes del matrimonio sólo se buscaron a sí mismos y a sus cosas, y quienes condescendieron con sus deseos; aun cuando fueran impuros, sean en el matrimonio cuales fueron antes de contraerlo, es decir, que cosechen lo que sembraron: tristeza en el hogar doméstico, llanto, mutuo desprecio, discordias, aversiones, tedio de la vida común, y, lo que es peor, encontrarse a sí mismos llenos de pasiones desordenadas» (1).

(1) Enc. *Cast. Conn.*, n. 70.

Preparación remota

Alteza de miras y rectitud de intención. He aquí la primera y fundamental disposición. Tiene el matrimonio fines más altos que los bajos y raseros que suelen perseguir los jóvenes de nuestros días. La procreación y educación de los hijos según los planes de Dios; la constitución de un hogar donde tenga asiento toda virtud; la noble aspiración a labrar la felicidad del otro cónyuge; la ejemplaridad ciudadana; la contribución al logro de los elevados fines de la sociedad y de la Iglesia: son otros tantos motivos que, maduramente pensados, darían al momento del contrato matrimonial una gravedad y solemnidad espiritual que hoy no tiene en la mayoría de los casos. Desgraciadamente muchos, muchísimos de los aspirantes a ese nuevo estado se preocupan más que de esos grandes ideales, de las joyas y vestidos, de la fiesta de bodas, de los viajes nupciales y otras bagatelas por el estilo.

Eliminar del propio carácter y suprimir de la propia personalidad todo aquello que pudiera hacer penosa la vida en común de los dos; procurando al mismo tiempo perfeccionarse y mejorarse cada vez más para hacer más agradable y feliz esa vida común al otro cónyuge. He aquí otra labor y preocupación que debiera ser constante en los que se preparan para constituir algún día un nuevo hogar, que esté cimentado en una base firme de mutuo y verdadero bienestar. «Ser buen casado no resulta cosa fácil; es todo un arte», ha escrito un moralista que es hombre de mundo. Pues todo arte y cualquier profesión requieren previa instrucción y aprendizaje; ¿habrá de ser menos ese arte difícil de que aquí tratamos? Ya la filosofía del pueblo, aquí

como en tantos otros casos, se ha encargado de condensar este pensamiento con aquella conocida fórmula: «Antes que te cases, mira lo que haces».

Preparación próxima

«A la preparación próxima del matrimonio—leemos también en la Encíclica *Casti Connubii*—pertenece asimismo de una manera especial la elección de consorte, porque de aquí depende en gran parte la felicidad del futuro matrimonio... Deliberen, pues, seriamente, los que deseen casarse, antes de elegir la persona con la que han de convivir para siempre, y en esta deliberación tengan presentes las consecuencias que se derivan del matrimonio en orden, en primer lugar, a la verdadera religión de Cristo, y además, en orden a sí mismo, al otro cónyuge, a la futura prole y a la sociedad humana y civil. Imploren con asiduidad el auxilio divino, para que elijan según la prudencia cristiana... No dejen, en fin, de pedir para dicha elección el prudente y estimable consejo de sus padres» (1).

Sabido es que el amor es ciego, y la edad juvenil irreflexiva. Y un contrato en el que se aventura todo lo que uno más quiere: la libertad, la dicha, la eficacia misma de la vida; reclama serenidad de pensamiento, ponderación de juicio, madurez de reflexión. ¿No será una verdadera temeridad el tomar resoluciones, en una elección tan grave, por una simple visión superficial, por una ilusión puramente sensitiva, irracional, expuesta a lamentables e irreparables equivocaciones?

No Nos cansaremos de repetirlo a los que han de contraer, singularmente si son jóvenes: Sed li-

(1) n. 71.

bres para contraer con quien la prudencia cristiana os aconseje. Libres de todas las trabas o cadenas que de fuera se os quieran imponer a título de conveniencias que no son las del matrimonio; pero libres también de esas otras cadenas que en el fondo del alma forjan a veces el capricho, la ilusión y sobre todo el amor descaminado. En esa elección os va vuestro porvenir y vuestro bienestar. Investigad despacio el carácter, las convicciones, los gustos y aptitudes, la manera de ser de vuestro futuro consorte; y más aún que en las cualidades físicas y en la belleza del cuerpo, reparad e insistid en la belleza y buenas dotes del alma, que son las mejores ejecutorias de los esposos.

Relaciones nupciales

Para que el matrimonio sea santo como lo reclama su naturaleza y lo quiere nuestro Señor, es preciso que los novios miren con horror el pecado, y se aparten de las ocasiones de pecar; que sus relaciones sean tan delicadas que ni la modestia se sonroje, ni la paz del espítitu se turbe, ni la limpieza del corazón se empañe. Han de considerar que ningún adorno tan precioso, ni joya de tanto valor pueden llevar en el día de la boda al pie del altar, como la santa pureza del alma y cuerpo: sin esa virtud, la corona de los desposados aparecerá marchita a los ojos de Dios y de sus ángeles; y el pecado que afeó esa corona puede ser para ellos, aun después de llorado, manantial perenne de desventuras.

Es un período el de las relaciones nupciales erizado de escabrosidades y peligros; por lo que, debiendo durar lo bastante para lograr un conocimiento tan completo como sea posible del futuro

consorte, no debe prolongarse tanto que constituya ocasión inminente de pecados, y un cruel martirio para los que tienen y sienten el santo temor de Dios. Podrán, sí, los novios usar de cierta libertad en el trato y comunicación mutua y confidencial, a fin de poder conocerse más, y ver si participan de los mismos ideales; pero ha de ser una libertad discreta y honesta, constantemente vigilada por los padres y educadores, refrenada con santa entereza por los mismos enamorados, que han de tener muy sujetas las riendas de la pasión y mantener gran señorío sobre sus sentidos. Por muy serias y formales que sean las relaciones, han de tener en cuenta los novios que no son aún marido y mujer, que la mujer y el hombre en su trato mutuo son como la estopa y el fuego, y que no les está a ellos permitido lo que a los demás individuos en general veda la santa ley de Dios y el pudor cristiano. Lejos, pues, de olvidarse de Dios y descuidarse en su servicio, cuando les sonríen bellas perspectivas de felicidad, es preciso mayor recogimiento, más constante insistencia en la oración, más hondo y encendido fervor; esforzándose en esa época por adquirir el uno para el otro todo aquello que vean les falta, y procurando elevarse juntos hasta Dios.

Inaudita libertad

Y es obligado en este orden volver a los moldes antiguos españoles, desechando las nuevas modas importadas del extranjero. Porque causa rubor, indignación y asco ver por todas partes esas parejas de jóvenes que se pasean y discurren por donde se les antoja, por lugares públicos y por rincones solitarios; sin vigilancia de ningún género; permitiéndose toda clase de familiaridades inconvenientes

y de libertades peligrosas; sin que sea apenas posible a cuantos los miran distinguir si se trata de novios o de esposos. Mejor dicho, hay, sí, una distinción bien notable; y es—en los primeros—la inmodestia y descaro en sus gestos, modales y conversaciones.

¡Hasta en el templo, en la casa misma de Dios, se atreven a penetrar y permanecer juntos y aislados los enamorados, so pretexto de que van a ofrendar juntos sus devociones y plegarias! No condenamos el fin; pero los medios y circunstancias son sumamente reprobables y desedificantes; por lo que prohibimos terminantemente semejante práctica en Nuestras iglesias, y estamos dispuesto—como lo hemos hecho ya en alguna ocasión— a apoyar y reforzar la autoridad de los sacerdotes que, con la debida discreción, lo impidan contra la injustificada protesta de los que se han visto corridos y avergonzados. Los que así proceden no merecerían otra cosa que el látigo que Jesucristo mismo en dos ocasiones empuñó contra los profanadores del Templo, y el anatema que al mismo tiempo contra ellos fulminaba: «Mi casa es casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones y escondrijo de malhechores» (1).

¿Qué se puede esperar de tales relaciones? ¿Qué bendiciones del cielo aportarán al matrimonio? Grave es la responsabilidad que en este punto pesa sobre la conciencia de los padres, grave el peligro a que se expone la inexperta juventud, y gravísimas las consecuencias para los futuros hogares domésticos, inaugurados sin la firme base del temor de Dios.

(1) Mt. 21, 13.

Estado de gracia

La principal disposición inmediata para el sacramento del matrimonio es el estado de gracia; porque siendo como es sacramento de vivos, ordenado no a la remisión de los pecados sino al aumento de la santificación del alma, quienes conscientemente lo contrajeran en pecado mortal pondrían óbice a la gracia divina y cometerían gravísimo sacrilegio. ¡Profanación bien triste y dolorosa del sacramento destinado a santificar a los esposos y a darles los auxilios divinos en el nuevo estado! Por eso la Iglesia preceptúa la confesión y recomienda ahincadamente la sagrada Comunión, con las más rectas intenciones y fervorosos deseos, para atraer sobre sí y su descendencia las bendiciones del Cielo (1); y nuestras Constituciones Sinodales mandan y ordenan expresamente que nunca se proceda al Desposorio sin que los contrayentes hayan confesado y comulgado, conforme al deseo del Santo Concilio de Trento (2). Y así en efecto sucede en países cristianos como la mayor parte de los de nuestra patria, donde no se concibe un matrimonio sin su confesión y Comunión, sin su Misa y bendición nupcial. Más aún, en el país en que se meció Nuestra cuna, todavía subsiste la piadosa y loable práctica de confesarse y comulgar los novios no sólo el día de la boda, sino cuando va ya promediado el período previo de las amonestaciones canónicas.

¿Podremos por ventura decir otro tanto de esta Nuestra amada Diócesis? Muy lejos de eso. Constantemente contristan Nuestro ánimo las sentidas y razonables quejas de Nuestros venerables Curas en

(1) Conc., Trid., ses. 24, cap. 1.

(2) Cfr. p. 410, n. 13.

esta materia; y les compadecemos por los apuros y fatigas que pasan para preparar convenientemente a los que se acercan a unir su suerte ante el altar. Las mismas personas seglares y piadosas, especialmente de Acción Católica, tienen también en esto abundante y dolorosa experiencia, y prestan su decidida y no despreciable colaboración para remediar el mal. La inmensa mayoría de los que se desposan no comulgan, ni tienen Misa, ni reciben la bendición nupcial de Velaciones. Y para confesarse, cuesta Dios y ayuda conseguirlo; en la mayor parte de los casos no suelen tener instrucción ni preparación conveniente para hacerlo, y acaso lo hacen por pura fórmula y para salir del paso. ¡Qué amargura Nos causa todo ello, y el pensar que esos seudocristianos comparecen ante el sacerdote distraídos, frívolos, ajenos por completo a la liturgia sacramental, y quizá no vuelven a confesarse en su vida! Y plegue a Dios que no lo hagan—como se han dado recientemente casos lamentabilísimos y espeluznantes—perpetrando horrendos sacrilegios en la confesión y sobre todo en la Comunión sagrada, con execrables profanaciones—más o menos conscientes—de la santísima Eucaristía, y trocando, en frase del Apóstol, lo que es manjar deleitable de vida y de salud en triaca del alma y pestífero veneno. ¡Haga el Señor que las generaciones nuevas, imbuídas en sanos principios, se acerquen al altar con santo temor y reverencia!

A este propósito recordamos y reproducimos textualmente lo que ordenan nuestras Constituciones diocesanas: «Antes de que se lean las proclamas para el matrimonio, los contrayentes han de ser examinados en doctrina cristiana, e instruidos en las obligaciones de su propio estado; acerca de lo cual exhortamos a Nuestros Párrocos a que no se mues-

tren ni tan rigurosos que exijan a los contrayentes instrucción superior a su capacidad, ni tan laxos que permitan el desposorio de los que no saben lo necesario para salvarse; y particularmente les encarecemos que hagan ver a los que hayan de casarse la condición sobrenatural del matrimonio, pues es harto doloroso que muchos reciban tan alto Sacramento sin tener de él la estima que merece» (1). Para esta instrucción y preparación previa pueden los Sres. Curas servirse de Comunidades religiosas y aun de personas seglares, de esmerada piedad y cultura, en las que seguramente encontrarán excelentes auxiliares.

La ceremonia del casamiento

En la inmensa mayoría de los casos—triste es confesarlo—aun tratándose de novios cristianos, esta ceremonia, en vez de ser una auténtica demostración de fe y de piedad, se reduce a una exhibición mundana, en la que hay mucho más espacio para la vanidad y la ostentación que para el recogimiento necesario al espíritu.

Traje, peinado, velos, encajes, joyas, música, banquete, desfile: una porción de cosas en que se gastan con frecuencia sumas enormes, dignas de mejor causa y mayor utilidad para obtener la bendición de Dios. He aquí todo lo que suele ocupar enteramente la atención de los contrayentes y de los invitados. El sacramento como tal, la participación en el santo sacrificio de la Misa, con los sagrados ritos propios de la ceremonia del matrimonio, en cuya meditación podrían profundizar los jóvenes esposos, y de la cual podrían sacar tanto provecho espiritual;

(1) Consti. Sinod., p. 431, n. 78.

aquello, en fin, que debe ser lo principal, corre el riesgo de ser relegado a un segundo plano y aun de pasar en absoluto inadvertido, sin eficacia alguna para nadie. ¡Puede decirse que la asistencia a una de estas bodas consiste en una distracción y aun diversión completamente profanas, en las que no se encuentra ni un adarme de espiritualidad y de oración, y se profana indignamente la santidad del templo!

Porque conviene advertirlo: si el tiempo en que se celebra la ceremonia y Misa de bodas no se consagra a la oración, menos podrá utilizarse para el recogimiento el que le sigue después, cuando vemos los usos introducidos, enteramente mundanos, que no permiten a los esposos sustraerse un segundo al barullo y estrépito de la muchedumbre.

Y no es que condenemos—claro está—las reuniones y ágapes familiares; ni que vayamos a reprochar como pecado un viaje de bodas. Queremos únicamente decir que hay tiempo para todo; que, entre personas de educación religiosa, puede y debe encontrarse un modo más cristiano de celebrar la fiesta de entrada en el estado conyugal; y que, teniendo en cuenta la recomendación hecha por el santo Concilio de Trento (1), exhortamos ahincadamente a Nuestros amados hijos a que guarden en la celebración de sus desposorios aquella cristiana modestia que, lejos de ser incompatible con el decoro de las más altas posiciones, es su mejor gala y ornamento.

A cuyo propósito vamos a recordar y urgir dos circunstancias que, según el espíritu y deseo de la Santa Iglesia, han de guardarse en la celebración del matrimonio:

(1) Ses. XXIV, cap. 4. *De Reform. Matr.*

Lugar y tiempo de la ceremonia

En cuanto al lugar, ordena el vigente Código de Derecho Canónico que el matrimonio entre los católicos debe celebrarse en la iglesia parroquial, o bien en otra iglesia u oratorio público o semipúblico con la licencia del Ordinario del lugar o del párroco, y con tal que no se trate de capillas de Seminarios o de Religiosas (1). En domicilios particulares, solamente en casos extraordinarios y por graves y razonables causas tolera la Iglesia que se celebre (2); por lo que debe reprimirse el prurito y excesivo afán de muchas familias que, por fútiles motivos, o por mera singularidad y ostentación, se empeñan en querer sacar del lugar santo una ceremonia sagrada y sacramental.

Por lo que toca al tiempo, puede celebrarse en cualquier día y época del año, y únicamente se prohíbe la solemnidad de las velaciones durante el Adviento y la Cuaresma; pudiendo con justa causa autorizarlas aun en esos tiempos el Ordinario del lugar, con tal que se abstengan los esposos de la excesiva pompa y aparato (3).

No debería celebrarse nunca por la tarde; y es muy de lamentar que—sobre todo en estas tierras—haya desaparecido casi por completo la cristiana y española costumbre de hacerlo por la mañana, recibiendo inmediatamente la bendición nupcial en la santa Misa y comulgando en ella.

El Ritual Romano advierte lo siguiente: «Procure el párroco que los esposos, celebrado el matrimonio, reciban la bendición solemne... en la Misa, obser-

(1) Can. 1109.

(2) Ibid.

(3) Can. 1108.

vándose la rúbrica especial del caso, y exceptuando el tiempo en que están cerradas las velaciones» (1). Pero aun en este último caso podrían y deberían los desposados oír la santa Misa y comulgar, demorando para más adelante y en tiempo no prohibido, el velarse o recibir la bendición nupcial.

Entre las rúbricas y ceremonias de la Misa de bodas, hay un texto que dice: «El sacerdote, después de haber comulgado, da la Comunión a los esposos». Es la única vez que en el Misal se indica una rúbrica así, para que se ofrezca, como de oficio, a determinados fieles, la divina Eucaristía. Y ¿cómo podrán comulgar si el casamiento es por la tarde o bien a las últimas horas de la mañana? Cielto que muchos contrayentes, realmente cristianos, comulgan el día de la boda en alguna otra Misa de las que se dicen temprano; pero la sagrada Liturgia señala y aconseja algo mejor y más edificante, que es comulgar en la misma Misa de la bendición nupcial.

A este propósito leemos en nuestras Constituciones Sinodales: «Exhortamos a Nuestros amados Párrocos a que con todo su celo procuren que nunca se celebren matrimonios fuera de las horas en que se puede decir Misa y distribuir la sagrada Comunión; pues es muy de lamentar que muchos no reciban las bendiciones nupciales, a pesar de que el Santo Concilio de Trento encarga con grande ahinco que no cohabiten los desposados hasta que las hayan recibido» (2).

Por Nuestra parte no sólo exhortamos, sino que *lo mandamos*, y disponemos que en lo sucesivo no se celebre ningún matrimonio por la tarde sin

(1) Tit. VII, c. 1, n. 16.

(2) Const. Sinod. p. 442, n. 118.

previa autorización expresa *in scriptis* Nuestra o de Nuestro Vicario General; debiéndose consignar clara y sinceramente en la instancia las verdaderas causas que inducen a solicitar esa gracia.

Plácenos corroborar esta disposición Nuestra con la autorizada palabra del gran canonista Cardenal Gasparri, propulsor de la codificación del Derecho Canónico: «Por leyes y costumbres particulares—dice—se preceptúa con frecuencia que no se celebren matrimonios sino por la mañana. Y con razón; ya porque la experiencia enseña que si se deja para la tarde no es raro entre gente rústica que la comitiva se acerque a la iglesia indebidamente, ya porque desaparece aquella antiquísima y laudable costumbre de bendecir el matrimonio en el santo Sacrificio de la Misa. San Carlos Borromeo ya tomó esta medida para la diócesis de Milán... En Francia la ley de la República, que obliga a celebrar el matrimonio civil antes del religioso, impide que pueda éste celebrarse en la iglesia antes del mediodía; mas todos deploran los tristes resultados y consecuencias» (1).

Afortunadamente, hoy en nuestra patria las circunstancias favorecen acaso como nunca la vuelta a las antiguas costumbres; si bien hasta llegar a establecerlas de nuevo hayamos de mostrar cierta severidad saludable en coartar las contrarias y rechazar los fútiles pretextos de orden económico, social o familiar que suelen alegarse.

Sin embargo, encarecemos a Nuestros amadísimos Curas, *in visceribus Jesu Christi*, que extremen su vigilancia y cautelas, especialmente en lo que afecta a la sagrada Comunión, disuadiéndola y aun prohibiéndola—dentro o fuera de la confesión según

(1) Gasparri. *De Matrimonio*, vol. II, n. 1062, p. 165.

la prudencia lo imponga o aconseje—en aquellos casos en que fundadamente se pueda temer alguna irreverencia o sacrilegio; que no se muestren fáciles en admitir y tramitar la petición para celebrar matrimonios por la tarde, y que sean inexorables en prohibir y desterrar todo desorden o falta de respeto y silencio durante la celebración de los mismos.

* * *

CONCLUSION

Así debe ser el matrimonio cristiano, concluiremos con elocuentes palabras del gran Cardenal Gomá: «la gracia de Dios informando este lazo que con la gracia de Dios se contrajo; pero como por el tronco sube la sabia a las ramas, a las hojas, a los frutos, así la santidad debe vivificar todo lo que se derive de los esposos, todo cuanto les envuelva. Santas las costumbres, santas las relaciones, santos los hijos, santa la educación, santa la servidumbre, santas las paredes de la casa que sirve de albergue a los que santamente se casaron, a los que han recibido la misión—a perpetuidad—de representar simbólicamente los santísimos desposorios de Cristo y de su Iglesia» (1); que es lo que en una sola palabra y con profundo sentido resume el lenguaje de los buenos católicos cuando dicen: el *santo* matrimonio.

Sean así también todos vuestros matrimonios, amadísimos Hijos en el Señor, ya que éste es el único camino para salvar de tantos males como la

(1) Gomá, «La Familia», p. 83.

acechan a la familia española; el medio fortísimo de resucitar las excelsas virtudes de la raza, y de que vuelva a brillar en nuestro horizonte el sol esplendoroso de la grandeza de España. El comunismo, el laicismo y la masonería no han perdonado ni perdonan medio alguno para arrancar la Religión del hogar y falsear y destruir la sociedad doméstica. Bien recientes están en nuestra patria los estragos producidos en esta materia por leyes y disposiciones emanadas de gobiernos laicos y ateos. Pero a esas doctrinas y leyes disolventes, afortunadamente hoy derogadas en España, se han unido, y subsisten aún, la incomprensión y la maldad de tantos y tantos esposos desaprensivos, que conculcan sin rebozo los más graves y sacrosantos preceptos de la ley divina y natural; como también la conducta irreflexiva y ligera de tantos y tantas jóvenes que van al matrimonio sin ideal alguno noble y levantado, y sin la menor preparación ni conocimiento apenas de las graves y trascendentales responsabilidades que van a contraer.

A todas estas calamidades urge poner remedio. Hay que salvar a todo trance—si queremos forjar la España grande e imperial que todos apetecemos—la santidad del matrimonio, el decoro de la vida conyugal, la educación de los hijos, el Catolicismo del porvenir. Es preciso infundir, sobre todo en la juventud, el convencimiento de que en el matrimonio y en la vida no todo es risueño y halagador; que el sacrificio es patrimonio de todos los estados; que la carga ha de repartirse entre los esposos con igual y noble empeño, y hasta con santa emulación; que de la dignificación y santificación del matrimonio depende principalmente la regeneración de la familia, el engrandecimiento de la patria. La hermosa y edificante práctica establecida en el Vatica-

no por los dos últimos Pontífices, de recibir en particular audiencia y bendecir con paternal afecto a centenares y millares de parejas recientemente unidas con el santo vínculo conyugal, es un nuevo y patente indicio de la alta estima en que la Iglesia tiene el matrimonio cristiano, y las grandes esperanzas que le inspira. A la vista tenemos, literalmente reproducido por *L' Osservatore Romano* del 9 y del 30 del pasado Enero, el texto de los magníficos discursos que por aquellos días dirigía nuestro Santísimo Padre PIO XII *ai novelli sposi*, congregados ante su trono del Salón Consistorial, y rezuman todas sus elocuentes y sentidas palabras esos mismos paternales sentimientos.

Todos los católicos, todos los buenos españoles, sin distinción, deben aprestarse a tomar parte en esta nobilísima cruzada, de difundir y defender estas ideas y a procurar que no caigan en terreno baldío las enseñanzas y continuas amonestaciones de la Iglesia.

Pero de especial manera invitamos a cuantos figuran en la espiritual milicia de Acción Católica, los cuales deben ir siempre en la vanguardia del apostolado seglar.

Y ante todo y sobre todo, Hermanos e Hijos amadísimos, orad; acudid al Padre de las misericordias, de quien descende todo bien, para que se apiade de la mísera humanidad; derramad en la divina presencia vuestros corazones y vuestras lágrimas, pidiendo que los que han de desposarse entren en el nuevo estado con las disposiciones debidas, y que no profanen ni menosprecien los esposos el sello sagrado que el Señor ha impuesto en su obra escogida.

Así atraeréis sobre vosotros, sobre nuestra Diócesis querida, sobre España entera, las bendiciones

divinas; en prenda de las cuales, de lo íntimo del alma, os enviamos la Nuestra en el nombre del † Padre y del † Hijo y del † Espíritu Santo.

Málaga, fiesta de la Purificación
de Nuestra Señora

† BALBINO, OBISPO DE MÁLAGA



Por mandato de
Su Excia. Rvma. el Obispo, mi Señor.

LIC. MANIQUE MORENO, Canónigo,
Canciller-Secretario

Léase, según costumbre, esta Carta Pastoral al pueblo en dos o tres domingos después de su recibo, y hágase objeto especial de estudio durante la Cuaresma en los Círculos de Acción Católica.

ESQUEMA DE LA PASTORAL

	Página
PROEMIO	
Conjura general contra el matrimonio	82
Su defensa por el Estado y la Iglesia	85
I. EL MATRIMONIO EN GENERAL	
Naturaleza del matrimonio	86
Su origen	87
Su carácter sagrado	89
De dónde proviene	90
Propiedades naturales	92
II. EL MATRIMONIO CRISTIANO	
Dignidad de Sacramento	95
El matrimonio sin religión	98
Contrato y Sacramento, inseparables	100
Consecuencias jurídicas	101
Consecuencias morales	102
III. BIENES DEL MATRIMONIO	
Primer bien: <i>la prole</i>	106
Errores y abominaciones contra la prole	108
Otro crimen nefando	110
Segundo bien: <i>la fidelidad conyugal</i>	113
Tercer bien: <i>el Sacramento</i>	116
La gracia sacramental	116
La indisolubilidad	119
Dos excepciones por ley divina	121
El divorcio	123
Separación de los cónyuges	124
Divorcio vincular	125
IV. PREPARACION PARA EL MATRIMONIO	
Preparación remota	129
Preparación próxima	130
Relaciones nupciales	131
Inaudita libertad	132
Estado de gracia	134
La ceremonia del casamiento	136
Lugar y tiempo de la ceremonia	138
CONCLUSION	
	141

EDICTO

DECLARANDO ABIERTA LA SEGUNDA VISITA PASTORAL DE LA DIOCESIS

Todos los Obispos residenciales, en virtud de lo que prescribe el canon 343 § 1 del Código canónico, están gravemente «obligados a visitar cada año, en todo o en parte, su diócesis, de suerte que al menos cada cinco años la visiten entera por sí mismos, o, en caso de legítimo impedimento, por el Vicario General u otro comisionado para ello».

Por lo que a Nós toca, no sabremos nunca agradecer bastante la singularísima providencia y amorosa bondad de Dios Nuestro Señor, quien, no obstante las gravísimas dificultades y vicisitudes que hemos atravesado en estos últimos tiempos, Nos ha dispensado el inestimable favor y dulce consuelo de haber podido completar Nuestra primera Visita Pastoral en el primer quinquenio de Nuestro pontificado, habiendo recorrido e inspeccionado personalmente, al menos una vez, todos los pueblos de la Diócesis.

Comienza, pues, a urgirnos desde este momento la obligación de la segunda Visita durante el quinquenio que ahora comienza, la cual desde esta fecha declaramos abierta por el presente Edicto, y es Nuestro propósito inaugurarla al principio de la Santa Cuaresma, visitando ante todo las parroquias de la Capital y su Arciprestazgo.

«A la Visita ordinaria episcopal están sometidas las personas, cosas y lugares píos, aun exentos, que se contienen dentro de los confines de la Diócesis, a no ser que pueda demostrarse la exención especial concedida por la Santa Sede. Quedan también sometidos, en los casos especiales expresados en derecho, los Religiosos exentos de la jurisdicción episcopal» (can. 344).

Las principales cosas que tiene que visitar el Prelado, según el Pontifical Romano, son: el Sagrario, el Bautisterio, los santos Oleos, las sagradas Reliquias, los altares, las capillas, las sagradas Imágenes, la sacristía y el cementerio. También procurará enterarse del estado de la casa parro-

quial, del Hospital, Asilos, escuelas, Asociaciones y demás casas piadosas.

Para facilitar a los Prelados la consecución de los altísimos fines a los que se ordena la Visita canónica, concede el Derecho prerrogativas especiales al visitador, por el canon 345, en el que se dice que cuando se trate de cosas que tengan relación con el objeto y fin de la Visita, deberá proceder *paterna forma*, negándose el recurso *in suspensivo* y concediéndose tan sólo *in devolutivo* respecto a las preceptos y decretos.

Y los fines a que alude esta prescripción canónica, como objeto de la Santa Visita Pastoral, están enumerados en el canon 343, es a saber: «la conservación de la sana y ortodoxa doctrina, la tutela y fomento de las buenas costumbres, la corrección de las malas, la promoción de la paz, inocencia, piedad y disciplina en el pueblo y clero, y en general el bien de la Religión, según lo exijan las circunstancias en cada caso».

Mas siendo tan escaso el tiempo de que podemos disponer en cada parroquia y tantos los datos que es preciso tomar para establecer las medidas necesarias en cada pueblo, en orden a los fines enumerados, se remitirá — como en Nuestra anterior Visita — a los Párrocos y a las Comunidades de Religiosas un cuestionario suficientemente amplio, el cual habrán de devolver inmediatamente cumplimentado, con el fin de que antes de llegar con Nuestra inspección personal podamos tener los elementos de información para el logro de los frutos apetecidos.

Y a fin de que todo proceda ordenada y provechosamente, mandamos a los Sres. Curas que, con la debida antelación, repasen y estudien, además de las ceremonias y prescripciones del Ritual, las normas e instrucciones que Nós mismo dimos para la primera Visita, y que pueden ver en la colección de nuestro BOLETIN: 1935, p. 395, y 1937, p. 433.

Para llevar a cabo felizmente y con fruto obra de tamaño interés para la gloria de Dios y bien de las almas, necesitamos de abundantísima gracia divina, que es necesario implorar por la oración. Al efecto, confiamos en las fervorosas plegarias de las almas buenas, de las Asociaciones piadosas, y especialmente de las místicas Esposas del

Señor. Mas teniendo presente la eficacia peculiarísima de la oración pública de la Iglesia, disponemos que durante todo el mes de Marzo, siempre que las sagradas rúbricas lo permitan, se rece en todas las iglesias de la Diócesis, como imperada pro re gravi la Oración de la Misa *Ad postulandam gratiam Spiritus Sancti*, en sustitución de la que viene diciéndose *contra persecutores Ecclesiae*.

Con los auxilios del Cielo, de esta forma implorados, y la fiel correspondencia de todos Nuestros amadísimos diocesanos, abrigamos la confianza de poder lograr mucho en orden a la consecución de los fines intentados por la Iglesia en la Visita Pastoral. Plegue al Señor que todo redunde en mayor gloria suya y en mayor incremento de la piedad y vida cristiana.

Málaga, 2 de Febrero, 1941.

† EL OBISPO DE MÁLAGA

CIRCULARES

I

¡ALERTA CONTRA LA PROPAGANDA IMPIA!

A Nuestras mismas manos ha llegado recientemente una hoja impresa, encabezada con el título de AVISO, la cual ha sido profusamente repartida en la capital y algunos pueblos de la Diócesis, sin pie de imprenta ni aprobación de ninguna especie, y que, a juzgar por todos los síntomas, ostenta un cuño marcadamente judío-masónico.

En ella, con textos de las Escrituras Santas, desconectados del contexto y destituídos de su genuino y original sentido, se reprueba el uso y veneración de las imágenes, se profieren frases irreverentes e impías contra el sacerdote católico, y se anuncia como cercano el día de la venganza sobre la «Cristiandad» y su total destrucción.

Guardaos de los falsos profetas, amadísimos diocesanos; despreciad esas calumnias e infamias; denunciad a la Autoridad competente esa propaganda antirreligiosa y antipatriótica, y desenmascarad, si podéis, a sus autores o cómplices.

El «hombre enemigo» continúa y continuará siempre sembrando cizaña en la heredad del padre de familias. Lo que hace falta es que no nos sorprenda durmiendo y desapercibidos, como en la parábola del Evangelio.

Málaga, 5 de Febrero, 1941.

† EL OBISPO

Léase esta Circular al pueblo.

II

DISPOSICIONES Y MANDATOS PARA LA CUARESMA

Con el fin de que durante ese santo tiempo que se avecina sea más fructífera y eficaz la misión pastoral de Nuestros amadísimos cooperadores, y para que su conciencia y la Nuestra quede tranquila con el cumplimiento fiel de los sagrados deberes que a Nós y a ellos incumben, venimos en disponer:

1.º Durante todo este santo tiempo, ni los prebendados de la Catedral, ni los Párrocos y Coadjutores podrán ausentarse del lugar de su residencia sino en casos de urgente necesidad y previo Nuestro beneplácito (cáns. 418 § 2.º; 465 § 2.º; 476 § 5.º).

2.º Procurarán los Párrocos que todos los niños de su feligresía, desde los siete años poco más o menos, reciban la sagrada Comunión pascual convenientemente preparados; dedicando dos días, por lo menos, en semana a preparar especialmente a los de Primera Comunión, y dando a este acto la mayor solemnidad posible (cáns. 1330, § 2.º y 854).

Recuerden también a este propósito la obligación de leer a los fieles en el tiempo del Precepto y en lengua vulgar el Decreto Pontificio *Quam singulari* de 8 de Agosto de 1910 (Cfr. BOL. 1938, p. 119).

3.º La Catequesis parroquial para niños durante la santa Cuaresma téngase, además de los domingos, al menos dos días por semana (can. 1330).

4.º Procuren asimismo todos los que tienen cura de almas intensificar la educación religiosa de los adultos, predicando con más frecuencia a los fieles y excitándoles con celo apostólico a la penitencia, austeridad de vida y reforma de costumbres (can. 1346). Y en sus instrucciones no dejen de explicar clara y sencillamente la ley del ayuno y la abstinencia, el privilegio de la Santa Bula y la obligación de contribuir al sostenimiento del culto y Clero.

5.º Muy laudable y provechoso será que los señores Curas proporcionen a sus feligreses en la Cuaresma confesores forasteros, que al mismo tiempo les exhorten y dispongan a recibir los sacramentos de la Confesión y Comunión pascual, con algunas pláticas especiales.

6.º Sean cuantos tienen cura de almas muy solícitos para sentarse en el confesonario lo más temprano posible y aun sin ser requeridos por los fieles; y recuerden las facultades extraordinarias que en este tiempo el Código les concede (can. 899, § 3.º) y las que Nós les hemos delegado (BOL. 1941, p. 12).

7.º Ordenamos a todos los Capellanes y Sacerdotes encargados del servicio espiritual de colegios, hospitales o asilos de Nuestra Diócesis que, atentos al grave deber que por ley de la Iglesia, y por la naturaleza misma de su ministerio les incumbe, hagan por espacio de media hora, dos veces por semana en la Cuaresma, y una, al menos, en el resto del año, una explicación catequística a los alumnos o asilados, durante todo el tiempo que fueren tales Capellanes o Encargados; como también, que oportuna y especialmente les preparen para el cumplimiento pascual.

8.º Declaramos que el tiempo hábil para el cumplimiento pascual será el comprendido entre el miércoles de Ceniza (26 de Febrero) y el día de la Octava del Sagrado Corazón (27 de Junio), en virtud de facultades extraordinarias otorgadas por la Santa Sede (1).

9.º Además del Santo Rosario, que no dejará de rezarse ningún día en todos los templos parroquiales del Obis-

(1) Donde se celebren Misiones o Ejercicios espirituales, pueden los fieles cumplir con el precepto, con tal motivo, en cualquier época del año (v. Bol. 1938 p. 114).

pado, es Nuestra voluntad que se haga, al menos, los miércoles y viernes y—si fuese posible—diariamente, el piadoso ejercicio del Via Crucis a la hora más conveniente para el concurso de fieles.

10. Los días de Jueves, Viernes y Sábado santo, se celebrarán en todas las parroquias e iglesias filiales los Divinos Oficios de la mañana, teniendo el Santísimo en el Monumento veinticuatro horas, y cuidando que haya turnos de adoradores constantemente. Pero se advierte que está prohibido colocar el Monumento en el Altar mayor.

Málaga, 5 de Febrero, 1941.

† EL OBISPO DE MÁLAGA

III

SOBRE EL DÍA DEL PAPA

Como en años anteriores, y, si cabe, con mayor fervor y entusiasmo que nunca, debe el pueblo católico celebrar el aniversario de la coronación de nuestro Santísimo Padre, o, según el nombre ya vulgar y de todos bien conocido, *El Día del Papa*.

Al efecto disponemos que se celebren los actos siguientes:

1.º En todas las iglesias de Nuestra jurisdicción se dirá una Misa de Comunión general el domingo, día 16 de Marzo, a la cual se invitará a todos los fieles sin olvidar a los niños, que deberán comulgar, bien sea en la misma Misa de adultos, o bien en otra distinta.

2.º En la tarde de ese mismo día, o después de la Misa mayor, procurarán tener una función piadosa, en donde se harán rogativas por Su Santidad y se cantará solemne Te Deum; para lo cual autorizamos la exposición mayor del Santísimo Sacramento, y se invitará con particular interés a todas las Autoridades locales y a las Asociaciones piadosas.

3.º En Nuestra Santa Iglesia Catedral la Misa de Comunión, que celebraremos, D. m., Nós mismo, será el día 12,

a las ocho y media; pero el ejercicio vespertino tendrá lugar el mismo día 16, a las cinco y media.

4.º Lo mismo en la Catedral que en las iglesias todas de la Diócesis, así parroquiales como conventuales, se hará, en todos los cultos matutinos y vespertinos del día 16, una colecta extraordinaria con destino al «Dinero de San Pedro», cuyo producto se remitirá íntegramente a Nuestra Secretaría de Cámara.

5.º Donde sea posible, convendría mucho organizar un acto literario, exclusivamente dedicado al Papa, dando también intervención en él a algún seglar más ilustrado y piadoso. Especialmente se recomienda al Seminario y Colegios religiosos.

6.º Por último, hágase saber a los fieles que, en virtud de novísimas concesiones pontificias, lucran indulgencia *plenaria* los que, confesados y comulgados, asistan a alguno de dichos ejercicios piadosos; y de *diez años*, los que asistieren contritos, sin confesar ni comulgar, orando en uno y otro caso por las intenciones del Romano Pontífice.

Málaga, 5 de Febrero, 1941.

† EL OBISPO DE MALAGA

VICARIA GENERAL

CIRCULAR

Sobre celebración de matrimonios

Tratando nuestro Rvdmo. Prelado de devolver el verdadero espíritu cristiano al matrimonio católico, entre otras cosas ha tenido a bien disponer, en la hermosa Carta Pastoral publicada en este mismo número del BOLETIN, que en adelante nunca se celebren matrimonios fuera de las horas en que se puede decir Misa, reproduciendo el encargo de nuestras Sinodades Tit. VIII, cap. VIII, n.º 118. En cumplimiento, pues, de esta disposición, en adelante ninguno de los señores Curas párrocos, tanto de la capital como de

fuera de ella, procederá a autorizar ningún matrimonio fuera de dichas horas, sin la autorización previa *in scriptis* del Rvdmo. Prelado o de esta Vicaría General.

Además recordamos a nuestros venerables párrocos la obligación que tienen de esperar siempre de la Curia el mandato de proceder al desposorio, cuando en ella se ha tramitado el expediente matrimonial, sin lo cual se exponen a sorpresas que pudieran tener consecuencias muy desagradables por su trascendencia espiritual.

Al mismo tiempo aprovechamos esta ocasión para recordarles que deben inhibirse en la tramitación de los expedientes que por las disposiciones diocesanas corresponden a esta Curia, como se les advirtió en el número del BOLETIN correspondiente al mes de Mayo de 1940, p. 317. Les remitimos también a nuestras Sinodales Tit. VIII, cap. VII, n.º 109.

Por último, llamamos la atención de los mismos señores curas párrocos sobre la necesidad de alegar las causas legítimas que hubiere, cuando se trata de dispensar de alguna o de todas las canónicas proclamas, así como deben cerciorar a esta Vicaría de la no existencia, en dichos casos, de impedimento alguno canónico entre los contrayentes, sin los cuales dos requisitos no se podrá proceder a tales dispensas, a tenor del canon 1028 y de lo dispuesto en las Sinodales Tit. VIII, cap. VI. § III, n.º 105.

Málaga, 15 de Febrero de 1941.

El Vicario General,

DR. JULIO DE LA CALLE

CANCILLERIA EPISCOPAL

CIRCULARES

I. Santa Visita en las parroquias de la Capital

Propónese Su Excia. Rvma. inaugurar con la capital su segunda Visita Pastoral, girándola durante la santa Cuaresma a todas sus parroquias por el orden siguiente:

Febrero	28	Parroquia de Santiago.
Marzo	5	» El Sagrario.
»	7	» Santos Mártires.
»	11	» San Pablo.
»	14	» San Juan.
»	18	» El Carmen.
»	21	» La Merced.
»	27	» San Felipe.
»	29	» Santo Domingo.
Abril	1	» Miraflores del Palo.
»	3	Filial de la Ciudad Jardín.

Solamente confirmará Su Excia. a los que hayan hecho la primera Comunión y estén sin confirmar, debiendo los respectivos Párrocos prepararles convenientemente con un triduo antes de la fecha de la Santa Visita.

Terminada la Cuaresma, continuará, D. m., visitando las demás parroquias del Arciprestazgo de Málaga.

II. Programa para el Concurso parroquial y exámenes del Clero

De conformidad con lo anunciado por nuestro Excelentísimo y Rvmo. Prelado al exponer su propósito de celebrar dentro del año actual el Concurso general de parroquias, está ya en las prensas—y muy en breve esperamos tenerlo a disposición de los Sres. Sacerdotes que lo deseen—el Programa oficial para el Concurso y para toda clase de exámenes del Clero, exigidos por las disposiciones canónicas, así generales como diocesanas.

NOMBRAMIENTO DE CANONIGOS

Terminados los ejercicios de oposición a la magistrálía y penitenciaria, Su Excia. Rvma se ha dignado hacer los siguientes nombramientos: con fecha 31 del pasado, el primero; y los otros tres, el día 11 del corriente:

Canónigo Magistral: D. Victorino García Sabater, oriundo de Castellón de la Plana, incardinado en Cádiz; de 29 años de edad; Doctor en Filosofía Escolástica y en Teología por la Universidad de Comillas; profesor del Seminario de Cádiz.

Canónigo Penitenciario: D. León del Amo Pachón, natural de la provincia de Valladolid, diócesis de León; de 35 años; Doctor en Teología y en Derecho Canónico por la Universidad Gregoriana, y Licenciado en Derecho Civil por la Universidad de Valladolid; profesor del Seminario de León.

Canónigo Auxiliar del Penitenciario: D. Agustín de la Fuente González, de Santander; de 37 años; Doctor en Filosofía Escolástica, en Teología y en Derecho Canónico por la Universidad de Comillas; catedrático del Seminario de Santander.

Canónigo Archivero: D. Justo Novo de Vega, de la diócesis de Palencia; de 34 años; Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Burgos, y en Filosofía y Letras por la Universidad Civil de Salamanca; profesor del Seminario de Maestros del Ave-María de Granada.

Sean bienvenidos y reciban nuestro parabién los nuevos prebendados.

Málaga, 15 de Febrero de 1941.

LIC. MANRIQUE MORENO, Canónigo,
Canciller-Secretario

TABLA DE LOS SERMONES

que se han de predicar en esta S. I. Catedral
de Marzo a Diciembre de 1941

Marzo

- Día 2. Domingo 1.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Dr. Don Diego Gómez Lucena, *Doctoral*.
» 7. Viernes 2.º de Cuaresma.—Idem. idem.
» 9. Domingo 2.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Dr. D. Victorino García Sabater, *Magistral*.
» 14. Viernes 3.º de Cuaresma.—Sr. Lic. D. Antonio Morales Morales, *Beneficiado*.
» 16. Domingo 3.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Magistral.
» 19. San José.—M. I. Sr. D. José Suárez Faura, *Canónigo*.
» 21. Viernes 4.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Lic. D. Justo Novo de Vega, *Canónigo Archivero*.
» 23. Domingo 4.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Magistral.
» 25. Anunciación de Ntra. Sra.—*Titular de la Santa Iglesia Catedral*.—EXCMO. Y RVMO. SR. OBISPO.
» 28. Viernes 5.º de Cuaresma.—M. I. Sr. Suárez Faura.
» 30. Domingo de Pasión.—M. I. Sr. Dr. D. Agustín de la Fuente González, *Canónigo*.

Abril

- » 4. Viernes de Pasión.—M. I. Sr. Novo.
» 10. Mandato.—M. I. Sr. Dr. D. León del Amo Pachón, *Penitenciario*.
» 10. Pasión.—M. I. Sr. De la Fuente.
» 13. Resurrección.—M. I. Sr. Magistral.

Mayo

- » 22. Ascensión.—EXCMO. y RVMO. SR. OBISPO.

Junio

- » 1. Pentecostés.—M. I. Sr. Novo.
» 8. Santísima Trinidad.—M. I. Sr. Penitenciario.
» 13. }
» 14. } Triduo Eucarístico.—M. I. Sr. Magistral.
» 15. }

Día 15. Domingo infraoctava del Corpus —M. I. Sr. Doctoral.

- » 20. Sagrado Corazón de Jesús —M. I. Sr. Suárez Faura.
- » 21. Santos Ciriaco y Paula (*en la parroquia titular*).—
Idem. idem.
- » 29. S. Pedro y S. Pablo.—M. I. Sr. Doctoral.

Julio

- » 25. Santiago Apóstol.—M. I. Sr. Suárez Faura.

Agosto

- » 15. Asunción de Ntra. Sra.—M. I. Sr. Doctoral.

Septiembre

- » 8. Ntra. Sra. de la Victoria.—El Predicador de la Novena.

Octubre

- » 26. Fiesta de Cristo Rey.—M. I. Sr. De la Fuente.

Noviembre

- » 1. Fiesta de Todos los Santos.—M. I. Sr. Dr. D. Rafael Contreras Morales, *Canónigo*.
- » 30. Domingo 1.º de Adviento.—Idem. idem.

Diciembre

- » 7. Domingo 2.º de Adviento.—Idem. idem.
- » 8. Inmaculada Concepción.—M. I. Sr. Magistral.
- » 14. Domingo 3.º de Adviento.—M. I. Sr. Contreras.
- » 21. Domingo 4.º de Adviento.—Idem. idem.
- » 25. Natividad del Señor.—M. I. Sr. Magistral.

EL CANCELLER SECRETARIO,

CONFERENCIAS MORALES DEL CLERO

I. Temas para el 26 de Marzo

Ex Theol. Dogm.—Existit peccatum originale quod in Adae posteros traducitur, et inest unicuique proprium. Est verum peccatum, non methonimice tantum, et aliqua ratione omnibus voluntarium.

Ex Theol. Mor.—De contractibus in specie. Promissio: Ejus condiciones, obligatio, et cessatio obligationis. Donationis notio, divisio et effectus. Donatio inter vivos: Ejus effectus, et requisita ex jure naturae et ex jure hispano. Testamenti definitio, species, et condiciones requisitae ad ejus validitatem. Valor testamenti, formis legalibus destituti, ad causas sive profanas sive pias. Executores piarum voluntatum. Quis possit ultimas voluntates commutare.

CASUS

Beatrix relationes in ordine ad matrimonium habet cum Antonio, a quo nonnulla, et quidem magni pretii, accepit munera. Relationibus solutis Antonii causa, Beatrix dubitat an munera servare possit necne. Item eadem Beatrix a Julia sorore sua testamento praedium accepit; ea tamen lege ut quotannis Episcopo 500 libellas pro causis piis traderet. Andreas, ejus frater, clausulam aliquam lege prohibitam in praedicto legato detegens, ejus rescissionem juridice postulat, obtinetque. Beatrix vero pretio recuperata dimidia parte praedii, a qua evicta fuit, a paracho urgetur ad 250 libellas tradendas Episcopo, ab alio vero confessario ad totum, ab alio denique ab omni debito liberatur.

Quid ad casum?

Ex Theol. Pastor.—Visitatio scholarum.—Jura et officia parochi erga scholas.—Lectiones Doctrinae Christianae et Moralis, Historiae sacrae et Evangelii.—Quid hodierna lex Status praescribit circa instructionem religiosam et pias praxes in Scholis.

II. Solución del caso de Enero

1.^o Según opinión probable, que se apoya en la validez y licitud moral de las leyes que irritan los contratos de los menores, Víctor procedió rectamente y el confesor no mandó sino lo que únicamente tenía obligación de hacer su penitente. De los bienes recibidos en préstamo sólo quedaría obligado, si en algo «ditior evadit», pero como aquellos fueron dilapidados y la ley civil (justa) en pena le priva de todo derecho, Víctor puede quedar en paz.

2.^o Celia procede bien, a la luz de la piedad y ascética cristiana: aquellos regalos son un peligro; y así como no debió nunca recibirlos, hay que obligarla, no en justicia, pero sí con un santo rigor, a devolverlos, o, al menos, a destruirlos.

JURISPRUDENCIA CIVIL

JEFATURA DEL ESTADO

LEY para la protección de la natalidad contra el aborto y la propaganda anticoncepcionista.

La política demográfica es una de las preocupaciones fundamentales de nuestro Estado. No se concibe una política demográfica eficaz sin abordar el problema de los miles y miles de vidas que se frustran antes de nacer, por maniobras criminales. Así lo dice la experiencia y el asesoramiento de los técnicos, a través de Entidades científicas competentes. El estrago harto acusado en tiempos anteriores como consecuencia de un sentido materialista de la vida, adquirió caracteres de escándalo durante el régimen republicano, agudizándose aún más escandalosamente en aquellas zonas sometidas a la dominación del Frente Popular. El Gobierno, consciente de su responsabilidad, decide combatir el crimen social que el aborto provocado representa, y que impide que nazcan miles de españoles anualmente.

En su consecuencia

DISPONGO :

Art. 1.º Es punible todo aborto que no sea espontáneo. Para los efectos de la presente Ley se considera aborto no sólo la expulsión prematura y voluntariamente provocada del producto de la concepción, sino también su destrucción en el vientre de la madre.

Art. 2.º El que causare el aborto a una mujer sin su consentimiento, será castigado con la pena de prisión mayor a reclusión menor en su grado mínimo.

Art. 3.º El que causare el aborto a una mujer con su consentimiento, será castigado con la pena de prisión menor en sus grados medio y máximo.

Si la mujer, por su edad o por otra causa, careciere de capacidad para consentir, o si el consentimiento se obtuviere mediante violencia, intimidación, amenaza o engaño, se impondrá la pena señalada en el artículo anterior.

Art. 4.º Cuando a consecuencia del aborto sobreviniere la muerte de la mujer embarazada, o se le causare alguna de las lesiones comprendidas en el artículo cuatrocientos veintitrés del Código penal, se impondrá la pena correspondiente al delito más grave en su grado máximo.

Art. 5.º Las prácticas abortivas realizadas en mujer no en cinta, creyéndola embarazada, o empleando medios inadecuados para producir el aborto, serán castigadas con la pena de prisión menor en su grado medio, si se realizaran sin su consentimiento, y con la prisión menor en su grado mínimo, cuando éste hubiera sido otorgado.

Si a consecuencia de aquellas prácticas sobreviniere la muerte de la mujer o se le causare alguna de las lesiones comprendidas en el artículo cuatrocientos veintitrés del Código penal, se impondrá la pena correspondiente al delito más grave en su grado máximo.

Art. 6.º La mujer que causare su aborto o consintiere que otra persona se lo cause, será castigada con prisión menor en sus grados mínimo y medio.

Art. 7.º Cuando la mujer causare su aborto o consintiere que otra persona se lo cause, para ocultar su deshonor, se le aplicará la pena del artículo anterior en su grado mínimo.

En igual sanción incurrirán los padres cuando cooperen al aborto para evitar la deshonor de la hija.

Art. 8.º El que sin estar comprendido en los artículos segundo y tercero de esta Ley, a sabiendas del estado de embarazo de la ofendida realizara contra ésta cualquier acto de violencia, amenaza o intimidación determinante de su aborto, será castigado con prisión menor en sus grados mínimo y medio, si no correspondiese mayor pena a las lesiones o amenazas, y en otro caso con las señaladas a éstas en su grado máximo.

Art. 9.º El Médico, matrona, practicante o cualquiera otra persona en posesión de un título sanitario, que causare el aborto o cooperare a él, será castigado con las penas, respectivamente, señaladas en los artículos segundo y tercero en su grado máximo, multa de dos mil quinientas a cincuenta mil pesetas e inhabilitación para el ejercicio de su profesión de diez a veinte años.

El solo hecho de indicar sustancias, medios o procedimientos para provocar el aborto constituirá la cooperación penada en el párrafo anterior.

En caso de habitualidad se impondrán las penas superiores en grado, y la inhabilitación será perpetua.

Art. 10. Los farmacéuticos y sus dependientes que sin la debida prescripción facultativa expendieren sustancias o medicamentos estimados como abortivos, serán castigados con la pena de arresto mayor en su grado máximo a prisión menor en su grado medio y multa de quinientas a diez mil pesetas.

Los Tribunales, apreciando la gravedad del hecho, podrán también imponer a los farmacéuticos la inhabilitación de cinco a diez años para el ejercicio de su profesión.

En caso de habitualidad se impondrán las penas superiores en grado y la inhabilitación será perpetua.

Art. 11. Los fabricantes y negociantes en aparatos u objetos ginecológicos capaces de provocar o facilitar el aborto, que los vendieren a personas no pertenecientes al Cuerpo Médico o a Comerciantes no autorizados para su venta, incurrirán en multa de mil a veinticinco mil pesetas.

En caso de reincidencia, además de la pena anteriormente señalada, se decretará el cierre del establecimiento.

Art. 12. Los que sin ballarse en posesión de título sanitario causaren un aborto o cooperaren a él, si se dedicaren habitualmente a esta actividad, serán castigados, respectivamente, con las penas establecidas en los artículos segundo y tercero en su grado máximo y con multa de mil a quince mil pesetas. Asimismo quedarán para siempre inhabilitados para prestar cualquier género de servicios en clínicas, establecimientos, sanatorios o consultorios ginecológicos, públicos o privados.

Art. 13. El que ofreciere en venta, vendiere, expendiere, suministrar o anunciare en cualquier forma medicamentos, sustancias, instrumentos, objetos o procedimientos capaces de provocar el aborto, será castigado con pena de arresto mayor en toda su extensión y multa de quinientas a cinco mil pesetas. Quedan exceptuados de esta disposición, en lo relativo a la venta y expendición, los farmacéuticos y los fabricantes y negociantes debidamente autorizados de instrumental ginecológico, quienes, cuando ejecutaren estos hechos, responderán de acuerdo con lo dispuesto en los artículos diez y once.

Art. 14. La divulgación pública, en cualquier forma que se realizare, de medios o procedimientos para evitar la procreación, así como todo género de propaganda anticoncepcionista, será castigado con la pena de arresto mayor en su grado mínimo y multa de quinientas a cinco mil pesetas.

Será castigada con igual pena la exposición pública y ofrecimiento en venta de objetos destinados a evitar la concepción.

Art. 15. A partir de la entrada en vigor de la presente Ley serán clausurados todos los establecimientos o pensiones dedicados a hospedajes de embarazadas, o a la asistencia o tratamiento de las mismas, y los consultorios tocológicos y ginecológicos. La inobservancia de este precepto será sancionada por la Autoridad gubernativa con multa de quinientas a cinco mil pesetas. En caso de reapertura, se impondrá la multa del duplo.

Quedan exceptuados de esta disposición las clínicas, sanatorios y consultorios oficiales, así como los particulares que obtuvieren el debido permiso de la Autoridad sanitaria competente. Todos estos establecimientos, los oficiales como los particulares permitidos, quedarán sometidos a la inspección de las Autoridades sanitarias.

Art. 16. Los médicos, practicantes y matronas que asistieren a un aborto quedarán obligados a ponerlo en conocimiento de la Autoridad sanitaria dentro del plazo de cuarenta y ocho horas. El incumplimiento de esta disposición será sancionado por la Autoridad gubernativa con multa de cien a quinientas pesetas.

Art. 17. Con igual multa y por la misma Autoridad serán sancionados los practicantes y matronas que prestaren asistencia a cualquier proceso que no fuere el parto o aborto de evolución normal, cumpliendo, en todo caso, lo dispuesto en el artículo anterior.

Art. 18. Quedan derogados los artículos cuatrocientos diecisiete y cuatrocientos veinte, ambos inclusive, del Código penal vigente, y cuantos preceptos legales se opongan a lo dispuesto en la presente Ley.

Así lo dispongo por la presente Ley, dada en Madrid, a veinticuatro de Enero de mil novecientos cuarenta y uno.—FRANCISCO FRANCO.

(B. O. del E., 2-II-941).

MINISTERIO DE LA GOBERNACION

I. ORDEN aprobando el Reglamento de la Junta de Reconstrucción de la Catedral de Vich.

Creada esta Junta en 24 de Julio de 1940 (Cofr. nuestro BOLELIN, p. 562), se aprueba ahora el Reglamento de su *régimen interno* que contiene trece artículos, en los cuales A) se establecen las facultades de la Junta; B) se nombra la Comisión Permanente, presidida por el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Vich; C) se señalan las atribuciones del Secretario; y D) se dispone que la Junta no dará por terminada su misión, mientras no se haya llevado a cabo la total restauración de la Catedral, y ésta esté dotada de cuanto requiere su rango y decoro, como órganos, altares, etc.—21-I-941.—JOSE LORENTE.

(B. O. del E., 25-I-941).

II. ORDEN sobre suspensión de las fiestas de Carnaval.

El pasado año, con fecha 12 de Enero (B. O. del 13), se publicó la siguiente Orden, que hace referencia a la de 3 de Febrero de 1937:

«Suspendidas en años anteriores las llamadas fiestas de Carnaval, y no existiendo razones que aconsejen rectificar dicha decisión, este Ministerio ha resultado mantener y recordar a todas las Autoridades dependientes de él la prohibición absoluta de la celebración de tales fiestas».

Como consecuencia de la Orden anterior, este año ha reiterado el Ministro de la Gobernación la disposición aludida, no pudiendo por tanto celebrarse fiesta alguna que exteriorice las de tal carácter (de Carnaval) desde el 16 del actual al 2 de Marzo, ambos inclusive, con prohibición absoluta del uso de caretas o disfraces en las calles y lugares públicos, ni en los cafés, casinos y círculos de toda clase que periódicamente organizaban bailes con tal motivo, con la sola excepción de aquellos establecimientos que por su especial índole tienen u obtengan permiso para celebrar bailes, los cuales no pondrán anunciarse al público como bailes de Car-

naval ni introducir en ellos variación que pueda revelar el propósito de conmemorar tales fiestas.

Se hace público para general conocimiento y cumplimiento, de lo que cuidarán todos los alcaldes y los agentes que dependen de la autoridad gubernativa.

MINISTERIO DE JUSTICIA

I. ORDEN sobre matrimonios canónicos.

Los matrimonios canónicos contraídos durante la vigencia de la Ley de 28 de junio de 1932, que no hubieran sido acompañados ni seguidos de matrimonio civil, pueden transcribirse en los Registros civiles hasta nueva disposición, con la simple presentación en los mismos del certificado correspondiente, expedido con las formalidades legales.—En el preámbulo se dice que «se ha conseguido que se inscriban (en los Registros civiles) la mayor parte de estos matrimonios (canónicos), pero puede haber ocurrido por distintas causas, que no haya sido posible realizar la transcripción; y no parece justo someter a los cónyuges que tuvieron el valor de no aceptar la legislación laica sobre el matrimonio civil a la instrucción de un expediente de inscripción fuera de plazo del matrimonio único reconocido legal por la Iglesia, con las consiguientes molestias y dilaciones y, sobre todo, con la limitación de no producir efectos civiles sino desde su inscripción». 31-XII-940.

(B. O. del E., 3-I-941).

II. ORDENES relativas a las religiosas que prestan servicio en las prisiones.

A. «Este Ministerio se ha servido disponer que, las Superiores de las Comunidades religiosas que prestan servicio en las Prisiones, formen parte, como Vocales permanentes, de las Juntas Administrativas de los Economatos que en ellas funcionen». 30-I-941.—BILBAO EQUA.

B. «El artículo 93 del vigente Reglamento del Servicio de Prisiones debe interpretarse en el sentido de que en las Prisiones donde las Comunidades religiosas desempeñen funciones con arre-

glo a la legislación vigente, la Superiora de las mismas formará parte de la Junta de Disciplina como un Vocal más, pudiendo abstenerse de votar cuando lo crea oportuno». 31-I-941.— BILBAO EGUIA.

(B. O. del E., 6-II-941).

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

I. ORDEN concediendo la condición de Escuelas Nacionales a las gratuitas que se indican.

«Las Escuelas de niños de S. José de Calasanz de Peralta de la Sal (Huesca), y las de niños y niñas que a cargo de los Padres Escolapios, Religiosas Ursulinas, y Caridad de Sta. Ana, funcionan en Molina de Aragón (Guadalajara), tengan y gocen a todos los efectos, a excepción de su provisión, la condición de Escuelas Nacionales de Primera Enseñanza». 25-I-941.—IBÁÑEZ MARTÍN.

(B. O. del E., 4-II-941).

II. DECRETO (rectificado) nombrando Vocales del Consejo Nacional de Educación (Cfr. BOL. 1940, p. 774).

«...Nombro Consejeros de aquel Alto Cuerpo Consultivo a los señores siguientes:

En representación de la Iglesia: Dr. D. Leopoldo Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá; Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Obispo de Salamanca.

(Siguen los nombrados en representación del Ejército, Universidades, etc).

En representación de la Enseñanza Privada: R. P. Antonio Valle Llano, S. J.; R. P. Provincial de los Escolapios; R. P. Félix García, O. S. A.; Sr. Director del Colegio del Pilar, de Madrid; D. José María Escrivá de Balaguer Albás». 27-I-941.

(B. O. del E., 4-II-941).

III. DECRETO declarando Monumento histórico-artístico la Colegiata de Lorca.

«Art. 1.º Se declara Monumento histórico-artístico la Colegiata de Lorca (Murcia).

Art. 2.º El propietario o usufructuario del citado inmueble viene obligado a la más estricta observancia de la Ley del Tesoro Artístico.

Art. 3.º La referida Colegiata queda bajo la tutela del Estado, ejercida por el Ministerio de Educación Nacional». 27-I-941.—FRANCISCO FRANCO.

(B. O. del E., 3-II-941).

GOBIERNO CIVIL DE MALAGA

NOTA sobre represión de la blasfemia y difamación.

«La orden de 11 de Julio de 1938 faculta a los Gobernadores para perseguir y castigar severamente la difamación y la blasfemia. Esta última constituye en algunos casos sólo una grave falta de educación, pero en otros trasciende al orden jurídico cuando la palabra soez y la murmuración pretenden atacar la fama del Poder público, entregar a la maledicencia en conversaciones de corro y tertulias la honra de los ciudadanos, alcanzando gravedad suma cuando el blasfemo profiere leve injuria para Dios o sus Santos.

En su vista, los agentes de mi autoridad desplegarán el mayor celo en la vigilancia, y este Gobierno reprimirá severamente la difamación, cuando ésta sea manifiesta, y la blasfemia, aunque no produzca escándalo público, y decretará arrestos e imposición de multas con toda la amplitud que permiten sus facultades, extendiéndolas a la cuantía que señala el Decreto-ley de 16 de Febrero de 1937».—El Gobernador Civil, JOSE LUIS DE ARRESE.

CULTURA ECLESIASTICA

I. LAS PREOCUPACIONES DEL BUEN PARROCO

(El Excmo. Sr. Obispo recomienda a sus Párrocos y Eónomos que en los días de Retiro Espiritual repasen la siguiente lista, examinándose acerca del cumplimiento de cada punto):

1. Conocer, como buen Pastor, a sus ovejas (Canon 467).
2. Corregir prudentemente y atraer a los extraviados (c. 467).
3. Proteger a los pobres de su parroquia (c. 467).
4. Residir en su parroquia (c. 465).
5. Aplicar *pro populo* (c. 466).
6. Prestar los ministerios gratuitamente a los pobres (c. 465).
7. Observar las disposiciones diocesanas sinodales (c. 362).
8. Ser solícito en administrar los Sacramentos a sus feligreses (c. 467).
9. Que sean bautizados pronto los niños (c. 770).
10. Que los fieles, sobre todo los médicos y parteras, sepan bautizar en caso de necesidad (c. 745).
11. Que se ponga nombre cristiano al bautizado (c. 761).
12. Que sus feligreses conozcan y reciban la Confirmación oportunamente (c. 787).
13. Facilitar la confesión a los fieles (c. 892).
14. Visitar a los enfermos, exhortarlos, confesarlos y orar por ellos (c. 468).
15. Que se consagren hostias recientes y se renueven a su tiempo las consagradas (c. 1272).
16. Custodiar solícitamente la llave del Sagrario (c. 1269).
17. Vigilar la lámpara del Santísimo (c. 1271).
18. Fomentar la devoción y las visitas al Santísimo y la asistencia a la Santa Misa, aun en los días de trabajo (c. 1275).
19. Promover la Comunión frecuente y aun diaria (c. 863).
20. Examinar quién debe, y quién no debe aún recibir la primera Comunión (c. 854).
21. Preparar la primera Comunión de los niños (c. 854).
22. Que reciban a tiempo los enfermos el santo Viático y la Extremaunción (cc. 462, 939).

23. Pedir y tener decorosamente y bajo llave los Santos Oleos (cc. 755, 946).
24. Dar la bendición Apostólica a los moribundos (c. 468).
25. Instruir a los esposos acerca de la santidad del matrimonio (c. 1035).
26. Hacer las investigaciones y amonestaciones matrimoniales (cc. 1031, 1023).
27. Obtener y conservar o remitir a la Curia la documentación matrimonial (c. 1030).
28. Que la Iglesia esté todos los días abierta a los fieles algunas horas (c. 1266).
29. Atraer a los fieles a que frecuenten su parroquia (c. 467).
30. Renovar con la conveniente frecuencia el agua bendita (Ritual Romano, Tít. VIII, Cap. II).
31. Velar sobre las leyes del canto litúrgico y fomentarlo entre los fieles (c. 1264).
32. No inventar ni abolir procesiones (c. 1294).
33. Que no se extravíen, vendan o profanen las reliquias que posean los particulares de la parroquia (c. 1289).
34. Predicar la Homilía en los días festivos (c. 1344).
35. Tener misiones cada diez años, al menos (c. 1349).
36. Enseñar el Catecismo a los niños (cc. 467 y 1353).
37. Explicar el Catecismo a los adultos (c. 1352).
38. Advertir a los fieles el daño de las malas lecturas, especialmente de las prohibidas (c. 1405).
39. Vigilar en toda la parroquia, y especialmente en las escuelas, sobre la pureza de la fe y costumbres. (c. 469).
40. Promover las vocaciones sacerdotales (c. 1355).
41. Fomentar y establecer las obras de caridad, fe y piedad (c. 469).
42. No mezclarse en la administración de las Asociaciones (c. 691).
43. Tener al día el Censo parroquial (c. 470).
44. Custodiar convenientemente el Archivo parroquial (c. 470).
45. Llevar con esmero los libros parroquiales y redacción de partidas (c. 470).
46. Poner (y enviar a la parroquia correspondiente) las notas marginales (c. 470).
47. Enviar cada año el extracto de partidas a la Curia diocesana (c. 470).
48. Entregar el sobrante de las misas cada año a la Curia diocesana (c. 470).

49. Presentar cuentas de la administración a la Curia Episcopal cada año (c. 1525).

50. Instituir en la parroquia, si no lo estuvieren, las Congregaciones del Santísimo Sacramento y de la Doctrina Cristiana (canon 711).

51. Fomentar la Acción Católica y las obras misionales, en particular la de la Propagación de la Fe (Benedicto XV, Pío XI y Pío XII).

(Del B. Ecco. de Madrid).

II. LOS RELIGIOSOS Y LA BULA

Consulta.—¿Están obligados los religiosos a tomar la bula de ayuno y abstinencia, o pueden todos considerarse como pobres? (1). ¿Deben sacarla para los postulantes?

Respuesta.—No puede darse a esta pregunta una contestación absoluta, sino que hay que distinguir entre religiosos y religiosos: unos pueden considerarse como pobres, por llevar una vida parecida a la de los seglares de esta clase; otros se asemejan más en su norma de vida a los que, para los efectos de la bula, se clasifican como ricos de diversas categorías.

¿Qué regla debe seguirse para determinar la categoría a que pertenecen los religiosos? Esta regla podría ser triple: o cada Comunidad religiosa se considera como una sola familia más o menos numerosa, en la que el superior o el cabeza de familia y los demás se equiparan a los hijos, sin ingresos propios; o se considera como una sociedad, en la que todos viven de un fondo común, distribuido por partes iguales.

En la primera hipótesis, sucedería que muchas comunidades, verdaderamente pobres, habrían de dar la limosna correspondiente a los ricos de la más alta categoría. Supongamos una Comunidad de 20 individuos, cuyos ingresos anuales son de 26.000 pesetas. Los individuos de esta Comunidad vivirían muy pobremente, peor que muchos jornaleros, y, sin embargo, deberían sacar bula como las familias más ricas. Esta conclusión es contraria a la equidad y a la mente del legislador.

(1) La Bula o Sumario de Cruzada, ya se sabe que es indispensable—aun a los pobres—para gozar de sus gracias y privilegios espirituales. (N. de la R.)

La segunda hipótesis es arbitraria, sin fundamento legal, y conduciría también a consecuencias poco conformes a la justa distribución de los gravámenes. Porque, según esta hipótesis, en una Comunidad de 20 individuos, con 26.000 ptas. de ingreso, habría de darse como limosna, 36 ptas. por el Sumario general y otras 36 por el Sumario de ayuno, siendo así que sus individuos se hallarían en verdadera situación de pobres.

En la tercera hipótesis, para averiguar la limosna que los religiosos deben dar por la bula, hay que repartir el ingreso líquido total de la Comunidad entre los individuos que la forman, y, según la parte que a cada individuo corresponda, asignarle la limosna de la bula. En el caso propuesto de una Comunidad de 20 individuos con 26.000 ptas. de ingreso, a cada uno corresponde poco más de mil pesetas. Por lo cual, no considerándolos como pobres, deberían dar una peseta por cada individuo, para obtener el Sumario de ayuno, y otra por el Sumario general; y siendo pobres, como en la generalidad de los casos podían ser considerados, no deberían dar nada para gozar de los privilegios del Sumario de ayuno y abstinencia.

Creemos que esta tercera hipótesis es la que debe mantenerse como más favorable y más equitativa.

Según este criterio, son muchas las Comunidades religiosas que puedan considerarse como pobres para los efectos del Sumario de ayuno y abstinencia. Con todo la mayor parte de las Comunidades observan, sin estar a ello obligadas, la laudable costumbre de sacar la bula de ayuno y abstinencia, con objeto de cooperar a los fines piadosos y benéficos a que las limosnas de la bula se destina.

También acostumbran las Comunidades religiosas sacar las bulas para los *postulantes*, aunque estrictamente no tienen obligación, porque los postulantes no pertenecen a la Comunidad religiosa, sino que viven en ella como huéspedes, por razón de educación y preparación remota al estado religioso. Al contrario, la Comunidad debe pagar la bula de ayuno y abstinencia para los novicios, lo mismo que para los profesos, si quieren gozar de sus privilegios, a no ser que la Comunidad deba considerarse como pobre, en el sentido anteriormente declarado.

MARCELINO CABREROS, C. M. F.
(Ilustr. del Clero, 1940, p. 99)

III. CONSULTA SOBRE LA BULA

Clases de sumarios.—Pedro y Juana, hermanos, viven con su padre: cada uno de los dos gana más de 5.000 ptas.; no tienen caja reservada para cada uno, sino que todo el dinero lo entregan al padre. ¿Quién tiene que tomar la bula de cinco pesetas, los hijos, o el padre, o todos?

Resp.—En derecho la propiedad de esas ganancias corresponde a los hijos; y así ellos deben tomar la bula correspondiente. Pero como de hecho todo lo entregan a su padre, vienen o ser ingresos para el padre; el cual tendrá que tomar el sumario correspondiente a la suma de todos sus ingresos.

¿Diremos que tanto los hijos como el padre han de tomar bula correspondiente a tales ingresos? Esto sería excesivamente duro: *ne bis in idem*.

Así que en el caso, en mi sentir, lo más lógico será que pues en definitiva las ganancias van al padre, éste tome la bula no de cinco pesetas, sino de diez o más (por ingresos de 10.000 a 25.000 pesetas) y los hijos la tomen de ínfima clase (la mujer tiene que tomarla de la clase del marido).

E. F. RECATILLO, S. J.

(*Sal Terrae*, Febrero, 1941).

CRONICA DIOCESANA

LAS OPOSICIONES A LAS CANONGIAS MAGISTRAL Y PENITENCIARIA

Después de diez largos años de no haberse celebrado oposiciones a canongías en la S. I. Catedral, se han verificado ahora, conforme al edicto de convocatoria, firmado por Su Excia. Rvma. el 16 de Noviembre pasado.

Previamente Su Excia. Rvma. había nombrado el Tribunal asesor, que, juntamente con él, había de estimar la aptitud de los opositores; y que ha estado constituido por los Muy Ilustres Srs. Dr. D. Diego Gómez Lucena, Doctoral; Dr. D. Rafael Contreras Morales, Canónigo; y D. Hipólito Lucena Morales, Profesor del Seminario y Párroco de Santiago de Málaga, los cuales, con el Rvmo. Prelado, al terminar cada día los ejercicios de oposición, puntuaban y calificaban los trabajos para hacer al final el resumen correspondiente a cada opositor.

El Tribunal, además, conforme a las normas trazadas por Su Excia., ha sorteado los temas de los trabajos: tema único, sacado por suerte, para cada ejercicio, a excepción de los sermones y homilias, en los cuales cada opositor ha escogido uno de los dos temas que la suerte le deparó. Y, por último, en los ejercicios orales latinos han hecho las observaciones y opuesto las dificultades al opositor, durante un cuarto de hora, el Rvmo. Prelado y D. Hipólito Lucena, turnándose entre sí. Voz común ha sido durante las oposiciones que éstas han resultado brillantes, no obstante la dificultad de los temas y la agudeza y profundidad de los argumentos opuestos por el Tribunal.

Descendiendo ahora a los pormenores de cada oposición, empecemos por la primera:

Oposición a la Magistral

Cinco han sido los sacerdotes que han practicado los ejercicios de oposición, y por el orden siguiente: D. Justo Novo de Vega, D. Luis Vera Ordás, D. Agustín de la Fuente

González, D. Victorino García Sabater y D. Francisco Javier Leandro Sánchez Ocaña, habiendo recaído el nombramiento de su Excia. en D. Victorino García.

El *primer ejercicio* fué una disertación latina escrita, sin auxilio de libros ni apuntes, durante cuatro horas, sobre el mismo tema para todos los opositores: *supernaturalidad del estado de justicia original de nuestros primeros padres*.

El *segundo*, disertación oral latina, durante 45 minutos y 15 para responder a las dificultades, con seis horas de preparación, con ayuda de libros, sobre los siguientes temas, sacados a la suerte, uno para cada opositor, por el orden arriba dicho:

1. La justificación es verdadera remisión del pecado.
2. Cognoscibilidad de la existencia de Dios.
3. La gracia meramente suficiente en el estado actual de la naturaleza.
4. La unión hipostática en Jesucristo Nuestro Señor.
5. Universalidad y esencia del pecado original.

Tercer ejercicio: sermón de media hora, con ocho de preparación. Temas, entre los sorteados, elegidos por los opositores:

1. «Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem» (Phil. 2, 8).
2. «Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me» (Gal. 2, 20).
3. «Quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes» (Luc. 1, 48).
4. «Magister vester unus est, Christus» (Mt. 23, 10).
5. «Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant» (Jo. 10, 10).

Cuarto ejercicio: homilia de media hora, con ocho de preparación, sobre las siguientes secciones del Evangelio, elegidas, entre las sorteadas, por los opositores:

1. (Jo. 3, 1-21) Coloquio de Jesús con Nicodemo.
2. (Luc. 3, 22-30) La puerta estrecha.
3. (Luc. 7, 36-50) La mujer pecadora a los pies de Jesús.
4. (Mt. 17, 14-22) Curación del joven lunático.
5. (Mt. 14, 22-33) Pasea Jesús sobre las aguas y calma la tempestad.

Oposición a la Penitenciaría

Cuatro opositores: D. Tomás Conessa Cerdán, D. Agustín de la Fuente González, D. León del Amo Pachón y D. Justo Novo de Vega.

Primer ejercicio: Disertación oral latina (como en el segundo ejercicio de la Magistral). Temas:

1. Predestinación y reprobación.
2. La atrición en orden a la justificación.
3. La transustanciación en la Sda. Eucaristía.
4. El sacrificio eucarístico y su víctima y sacerdote principal.

Segundo ejercicio: Lección de ascética cristiana, durante media hora, con veinticuatro de preparación, con libros, sobre los siguientes temas, sorteados, uno para cada opositor:

1. Doctrina moral sobre las pasiones.
2. La virtud de la templanza.
3. Las tentaciones, y modo de luchar y vencerlas.
4. El amor a los enemigos.

Tercer ejercicio: Tema común para todos los opositores, para desarrollarlo por escrito, en latín, en el espacio de cuatro horas, sin libros ni apuntes: a) doctrina de la Teología moral acerca de la *prescripción*; b) *censuras* en que incurrían los que cometen ciertos delitos (cuatro señalados); c) *formular un caso* sobre la doctrina de prescripción; y d) *resolver el caso propuesto* por el tribunal sobre matrimonio.

Terminadas las oposiciones, Su Excia. Rvma. se dignó nombrar Canónigo Penitenciario a D. León de Amo Pachón; pero a la vez ha nombrado Canónigo Auxiliar del Penitenciario a D. Agustín de la Fuente González, y Canónigo Archivero a D. Justo Novo de Vega, según queda dicho en la p. 155 de este mismo número del BOLETIN.

Nuestra más cordial enhorabuena a los cuatro nuevos Prebendados, de quienes el Rvmo. Prelado y toda la Diócesis esperan que han de ser muy útiles para el servicio de Dios y bien de las almas.

NOTICIARIO BREVE

Aniversario de la liberación de Málaga.—Con toda solemnidad se conmemoró el 8 del corriente, celebrándose en la Catedral Misa solemne y *Te Deum*; y en la Iglesia de Ntra. Señora de la Victoria se cantó solemnemente una Salve, asistiendo a ambos actos Nuestro Rvmo. Prelado, así como las Autoridades y numerosos fieles.

Semana pro-Seminario.—Conforme a lo anunciado (BOLETIN, Enero p. 51), se celebró con toda brillantez recaudándose cuantiosas limosnas.

IV Asamblea Diocesana de A. C.—Está celebrándose mientras se está tirando este número del BOL., y, D. m., en el próximo daremos cuenta de sus trabajos.

Viaje del Rmo. Prelado a Madrid.—En la tarde del día 12 partió para la capital de España, donde reclamaban su presencia asuntos de interés. A la estación acudieron a despedirle las comisiones y representaciones acostumbradas y numerosos particulares. Regresó felizmente al mediodía del 17.

Cursillo de orientación municipalista.—Se inauguró el día 24 del corriente, bajo la presidencia del Rvmo. Prelado, quien, al terminar el discurso inaugural pronunciado por D. Juan Santa-Cruz, dirigió su autorizada palabra a los numerosos asistentes—especialmente alcaldes y secretarios de todos los ayuntamientos de la provincia—dándoles sabias normas de moralidad y conducta religiosa, patriótica y social.

Posesión del M. I. Sr. Magistral.—El día 25, concluidas las Horas canónicas de la mañana, tomó posesión, con el ceremonial acostumbrado, de la canongía magistral el Muy I. Sr. Dr. D. Victorino García Sabater, nombrado para esta prebenda por Su Excia. Rvma. el día 31 de Enero próximo pasado. *Ad multos annos.*

NUEVA COMUNIDAD DE RELIGIOSAS EN MALAGA

Con fecha 18 de este mes ha sido canónicamente establecida en nuestra Capital una nueva casa del *Instituto de Religiosas Misioneras de la Cruzada Pontificia*, fijando su residencia en el camino de los Almendrales.

Tiene por fin esta Congregación realizar la acción social de la mujer, procurando desterrar la ignorancia religiosa con la enseñanza y difusión del catecismo en toda clase de personas, particularmente en las más humildes y necesitadas, con el establecimiento de escuelas y catequesis donde no existan, ayudando a dar misiones y a preparar los pueblos para la Santa Visita Pastoral.

Invitadas por nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado, vinieron a hacerse cargo de la Escuela y Comedor que la Acción Católica de Mujeres estableciera en los Montes de Málaga, camino de Colmenar, donde hace ya meses que vienen realizando una intensa y beneficiosa labor en pro de un centenar de niñas desvalidas.

CUARTA LISTA DE DONATIVOS PARA LA CUSTODIA DE LA CATEDRAL

D.^a Consuelo Navarro, Vda. del Castelló: en dinero 10 ptas.; monedas de plata: de 5 ptas.; 50 y 25 cts. Cadenita y cruz de plata.

D.^a Josefa Cestino (q. s. g. h.) y familiares: zarcillos pequeños de oro y dos brillantes. Cuatro cucharas grandes, cinco pequeñas y dos tenedores pequeños, de plata.

D.^a Paulina Garvey: anillo de oro con una esmeralda engastada en corona de brillantes.

D. Aurelio Casero: un anillo de oro.

Un joven de Acción Católica: 750 pesetas.

D. J. C.: 25 pesetas.

Una devota: Cadenita de oro (4 grs.), 2 cucharas de plata, y dos pulseras de id.

NECROLOGIA

Sacerdote

Ha fallecido en la paz del Señor, recibidos los santos Sacramentos y la Bendición Apostólica, el Presbítero *Don Alejandro Pérez Muñoz*, el día 28 de Enero.

Había nacido en Olvera (donde acaba de fallecer), en 1.º de Nov. de 1887; e ingresó en nuestro Seminario el 1.º de Oct. de 1901, donde cursó toda la carrera sacerdotal, hasta su ordenación en 30 de Marzo de 1911. Casi toda su vida sacerdotal (desde el 21 de Abril de 1913) ha sido Capellán del santuario de Ntra. Señora de los Remedios de Olvera, y, además, desde 1.º de Septiembre de 1923, Coadjutor de esta parroquia. También estuvo algún tiempo encargado de la parroquia de Setenil.

Celoso y ejemplar sacerdote, ha edificado a todos, especialmente por su resignación cristiana en su última y penosa enfermedad.

Religiosas

En Ronda, convento de Franciscanas Descalzas, han fallecido las religiosas Madre Francisca de la Transfiguración y Madre Paz del Corazón de Jesús.

En Antequera, convento de Agustinas Ermitañas de Madre de Dios, el día 2 de Febrero, la religiosa de coro Sor Carmen de Santa Mónica, a los 55 años de edad y 28 de profesión, recibidos los santos sacramentos y la Bendición Apostólica.

También en Antequera, convento de Carmelitas de la Encarnación, el día 4 del corriente, la religiosa de Coro Sor María Teresa del Divino Pastor, a los 51 años de edad y 26 de religión, recibidos igualmente los auxilios espirituales.

R. I. P.

Su Excia Rvma. concede las acostumbradas Indulgencias.

JUBILEO DE LAS XL HORAS durante el mes de Marzo

- Día 1.—Iglesia de Sta. Clara.
» 5.—Parroquia de San Juan.
» 8.—Iglesia de la Concepción.
» 11.—Iglesia de la Encarnación.
» 20.—Iglesia del Cister.
» 23.—Iglesia de la Encarnación.
» 26.—Iglesia de las Mercedarias.
» 29.—Parroquia de San Juan.

NOTAS: Se expone a continuación de la Misa de las ocho.

No debe reservarse antes de las seis $1\frac{1}{2}$

Por cada visita, 15 años de Indulgencia. Cada día, una *plenaria*, rezando seis Padrenuestros con Ave y Gloria, y añadiendo la confesión y comunión (Sda. Penit. 24-VII-1933).

CRONICA GENERAL

HACIA UN RENACIMIENTO DE LOS ESTUDIOS ECLESIASTICOS

Tal es el título del notable e importantísimo discurso pronunciado por el Ministro de Educación Nacional Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, en la inauguración solemne de la Universidad Pontificia de Salamanca, el día 6 del pasado Noviembre, y recientemente editado en la misma ciudad.

De él dice textualmente el órgano oficioso de la Santa Sede, *L'Osservatore Romano*, en su número del 24 de Enero: «Ha sido no un simple discurso inaugural y de augurio, sino una docta e interesantísima prolucción, reavivada e ilustrada con las más autorizadas aseveraciones y promesas acerca de las ideas y propósitos del Gobierno Nacional en orden al resurgimiento de la gloriosísima Universidad de Salamanca. Y no será fuera de propósito añadir que en el discurso se hacen unas 30 citas de Encíclicas y de otros numerosos documentos pontificios o de las Congregaciones Romanas; citas que revelan la alta cultura del ilustre orador, como también su profundo conocimiento y competencia acerca de las enseñanzas y orientaciones de la Santa Sede».

Ante tan autorizados elogios huelgan por completo los nuestros; felicitándonos muy sinceramente de contar en el seno de nuestro Gobierno actual con valores intelectuales tan genuinamente españoles y cristianos.

EL XVI CONGRESO DE LA A. ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO DE LAS CIENCIAS

Con asistencia de unos mil congresistas y ofrenda de trescientas memorias, ha consagrado a la Virgen del Pilar su XVI Congreso la Asociación Española para el progreso de las Ciencias. Las reuniones se celebraron en Zaragoza, desde el 15 al 21 de diciembre pasado, en colaboración con la «Associação Portuguesa para o Progresso das Ciencias». Fruto de esta colaboración han sido las sesenta memorias aportadas al Congreso por los hombres de ciencia de la nación hermana.

Religiosidad, ciencia y solidaridad peninsular han sido las tres notas más destacadas y espontáneas del Congreso, desde el doble acto inaugural que se tuvo el domingo 15 en la Capilla de Nuestra Señora, la Virgen del Pilar, y en el Teatro Principal, hasta la sesión de clausura en la Facultad de Medicina.

(Hechos y Dichos, Febrero 1941).

FALLECIMIENTO DE DOS PRELADOS

El día 31 de Enero falleció en Orense el Rvmo. Sr. Obispo *Doctor Don Florencio Cerviño y González*. Había sido preconizado obispo de aquella Diócesis el 7 de Marzo de 1921, de la cual tomó posesión en 1.º de Enero de 1922. Ha muerto a la edad de 83 años.

En la vacante ha sido elegido Vicario Capitular el Ilmo. señor D. Diego Bugallo Pita, que era Vicario General del difunto Prelado y Deán de la S. I. Catedral; y Ecónomo de la Mitra, el M. I. Sr. D. Ramón Delage, canónigo.

El día 14 de Febrero falleció en Aránzazu el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo titular de Pelusio, *Fr. Plácido Angel Rey Lemos*, franciscano. Preconizado obispo de Jaén el 25 de Febrero de 1917, estuvo al frente de esta Diócesis hasta su traslado a la de Lugo el 11 de Junio de 1920. En 31 de Julio de 1927 fué promovido al Arzobispado titular de Pelusio, quedando como Administrador Apostólico de Lugo hasta 1.º de Octubre siguiente, desde cuya fecha residía en el convento de PP. franciscanos de Zaráuz (Guipúzcoa).

DE «SAL TERRAE»

Hemos recibido una comunicación del Director de «Sal Terrae», refiriendo sucintamente los daños que el violento huracán e incendio del 15 de Febrero causó en la importante revista. No han quedado en Santander más que los talleres tipográficos, y en Comillas, donde está la Redacción, el fichero de suscriptores, pero incompleto.

Por esta razón el número de Marzo se mandará indistintamente a todos los suscriptores del fichero, y a las direcciones que en él figuran; y se ruega: a) que, los que se hayan dado de baja, devuelvan el referido número de Marzo al Apartado 77, Santander; y b) que rectifiquen su dirección los suscriptores que hayan cambiado de domicilio.

BIBLIOGRAFIA

Triple serie de Homilias para todo el año, por R. Schuller,—524 páginas (23 x 15), Segunda edición. Luis Gili, editor. Barcelona 1940.

Las cinco ediciones de este Homiliario en su original italiano y las dos en el castellano, prueban la gran aceptación que ha tenido esta obra.

En efecto, basta hojear el texto para convencerse de lo útil que tiene que ser al predicador evangélico esta triple serie de homilias presentadas con una concisión de lenguaje que no impide al mismo tiempo la profusión de citas de la Sagrada Escritura y los frecuentes textos de Santos Padres y Doctores, muchos de ellos interesantísimos y muy poco conocidos.

Se completa su utilidad con una sinopsis breve y clarísima de cada homilía, precedida del texto en latín y castellano.

Ecclesia.—En el gratísimo propósito de saludar a la magnífica publicación *Ecclesia*, órgano de la Dirección Central de Acción Católica Española, no podríamos emplear palabras ni más acertadas ni más efusivas, que las que le dedica el propio Consiliario general, Excmo. Sr. Obispo de Tortosa:

“La Acción Católica es hoy una doctrina, es una institución, es un hábito de muchas almas escogidas y, aun más, es una vida. Por todos estos capítulos necesitaba su Revista, su órgano en la Prensa, su portavoz ante el mundo. Esta es la razón de ser de *Ecclesia*.”

Como doctrina, la Acción Católica tiene sus principios en lo más íntimo de la ciencia sagrada, y amplía su campo por otras importantes ciencias afines, como la Filosofía, el Derecho canónico y civil, la Historia, la Hagiografía...

Disciplina antigua y, en cierto modo, nueva, no se puede afirmar halla llegado a madurez completa, y ofrece un margen inmenso a la investigación y análisis. La compenetración de las actividades seglares con la Jerarquía y [el más eficaz y sentido amor hacia ésta, las regaladas enseñanzas de San Pablo y sus comentaristas sobre el Cuerpo místico de Jesucristo, son inagotables capítulos, cuya explotación apenas ha sido iniciada. El lugar de la Acción Católica en el Derecho Eclesiástico se presta también a investiga-

ciones interesantes ya que, a pesar de ser tan reciente el Código Canónico, no encaja exactamente entre sus figuras la de nuestra institución.

¡Revista amada que te engalanas con el dulce nombre de *Ecclesia*, nombre de Madre, de «nuestra santa Madre la Iglesia», sociedad divina que tiene a Jesús por cabeza, y al Espíritu Santo por alma, cuyo cuerpo místico formamos los fieles todos, y que conscientes de nuestra grandeza queremos vivirla, militando bajo la blanca bandera de la Acción Católica! ¡Bienvenida seas, para orientación de nuestra vida y aliento en nuestras pacíficas empresas!.

Se recomienda especialmente a los Centros de A. C. de la Diócesis. Es quincenal. Suscripción, 25 ptas.

APENDICE.-CULTURA ECLESIASTICA

Nota litúrgica de oportunidad

De las fiestas dobles mayores o menores, o semidobles, que estén perpetua o accidentalmente impedidas, se pueden decir Misas, aun privadas, a voluntad del sacerdote; con tal que el oficio impediendo no sea doble de 1.^a o 2.^a clase, cualquier dominica (aunque anticipada o también repuesta en cuanto al oficio), octava privilegiada de 1.^o y 2.^o orden, día octavo privilegiado de 3er. orden, o alguna de las ferias o vigiliass privilegiadas. (Antoñana, n. 218).

En su consecuencia, el próximo día 4 de Abril en que está impedido el oficio de Nuestra Señora de los Dolores, por la fiesta—del mismo rito, pero primaria—de San Isidoro, puede decirse cualquiera de las dos misas, al arbitrio del celebrante.

INDICE-SUMARIO

SECCION OFICIAL.—DOCUMENTOS EPISCOPALES: *Carta Pastoral* sobre la santidad del matrimonio, p. 81.—Esquema de la Pastoral, p. 145.—*Edicto* declarando abierta la segunda Visita Pastoral en la Diócesis, p. 146.—*Circulares*: I. ¡Alerta con la propaganda impía!, página 148.—II. Disposiciones y mandatos para la Cuaresma, página 149.—III. Sobre el Día del Papa, p. 151.

VICARÍA GENERAL: *Circular* sobre celebración de matrimonios, página 152.

CANCILLERÍA EPISCOPAL.—*Circulares*: I. Santa Visita en las parroquias de la capital, p. 154.—II. Programa para el Concurso parroquial y exámenes del Clero, p. 154.—Nombramiento de canónigos, p. 155.—Tabla de sermones en la S. I. Catedral, p. 156.—Conferencias morales del Clero, p. 158.

JURISPRUDENCIA CIVIL.—*Jef. del Estado*: Ley para la protección de la natalidad..., p. 160.—*Min. de la Gobern.*: I. Orden sobre la J. de Reconstrucción de la Catedral de Vich, p. 164.—II. Id. sobre suspensión de las fiestas de Carnaval, p. 164.—*Min. de Justicia*: I. Orden sobre matrimonios canónicos, p. 165.—II. Id. sobre las religiosas de las prisiones, p. 165.—*Min. de Educ. Nac.*: I. Orden sobre escuelas gratuitas de religiosos, p. 166.—II. Decreto nombrando Vocales del Consejo Nac. de Educ., p. 166.—III. Id. sobre la Colegiata de Lorca, p. 167.—*Gob. Civil de Málaga*: Nota sobre represión de la blasfemia y difamación, p. 167.

CULTURA ECLESIASTICA: I. Las preocupaciones del buen párroco, p. 168.—II. Los religiosos y la Bula, p. 170.—III. Consulta sobre la Bula, p. 172.

CRONICA DIOCESANA: Las oposiciones a las canongías magistral y penitenciaria, p. 173.—Noticiario breve, p. 176.—Nueva comunidad de religiosas en Málaga, p. 177.—Cuarta lista de donativos para la Custodia de la Catedral, p. 177.—Necrología, página 178.—Jubileo de las XL Horas, p. 179.

CRONICA GENERAL: Hacia un renacimiento de los estudios eclesiásticos, p. 180.—El XVI Congr. de la A. Española para el progreso de las ciencias, p. 180.—Fallecimiento de dos Prelados, p. 181.—De «Sal Terrae», p. 181.

BIBLIOGRAFIA: Triple serie de Homilias para todo el año, página 182.—«Ecclesia», p. 182.

APENDICE.—CULTURA ECLESIASTICA: Nota litúrgica de oportunidad, p. 185.